

The Project Gutenberg eBook of El proletario en España y el Negro en Cuba, by Ramón J. Espinosa

This ebook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this ebook or online at www.gutenberg.org. If you are not located in the United States, you'll have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

Title: El proletario en España y el Negro en Cuba

Author: Ramón J. Espinosa

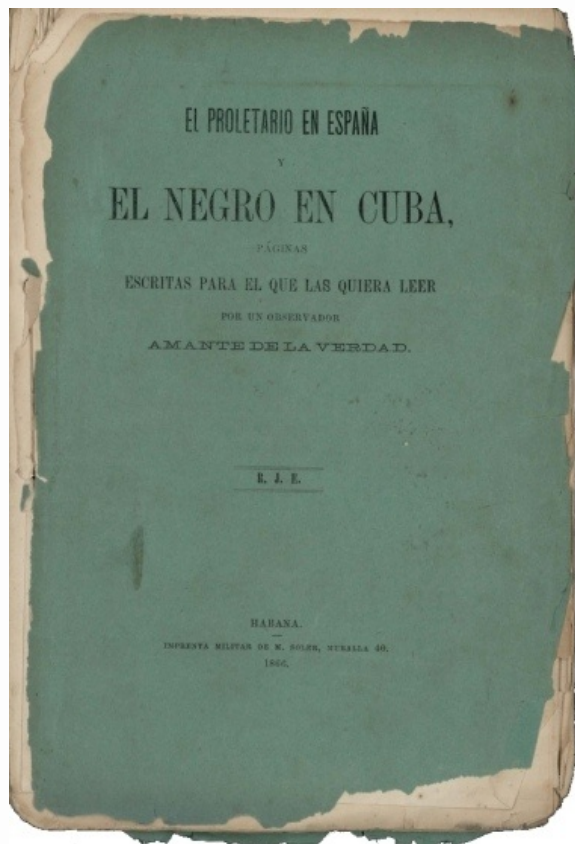
Release date: June 6, 2012 [EBook #39930]

Language: Spanish

Credits: Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net> from scans available at the University of Miami Digital Collections.

*** START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK EL PROLETARIO EN ESPAÑA Y EL NEGRO EN CUBA ***

Nota del transcriptor: En esta edición se han mantenido las convenciones ortográficas del original, incluyendo las variadas normas de acentuación presentes en el texto.



EL PROLETARIO EN ESPAÑA Y EL NEGRO EN CUBA,

PÁGINAS

ESCRITAS PARA EL QUE LAS QUIERA LEER

POR UN OBSERVADOR

AMANTE DE LA VERDAD.

R. J. E.

HABANA.
IMPRENTA MILITAR DE M. SOLER, MURALLA 40.
1866.

ÍNDICE

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

No somos publicistas, afiliados á este ni al otro partido político; ni abogamos por las aspiraciones de tal ó cual escuela filosófica, ni económica.

Libres, independientes en nuestras ideas; sin que *nadie* ejerza presión en nuestro *modo de ver las cosas*; escribimos las siguientes páginas, solo por el placer de escribirlas y por inspiracion propia.

Habrá quien al leerlas, forme tal vez un juicio equivocado de nuestras creencias, en cuestiones políticas, sociales y económicas.

A fin de evitarles el riesgo de equivocarse, y antes de que su errada opinion llegue á tomar cuerpo ó á *crear atmósfera*, trataremos de destruirla, y la destruiremos con solo dos palabras.

Somos eclécticos.

Pensamos, en teoría, como el mas avanzado discípulo de las modernas escuelas; pero no convenimos en los medios ni en la época de plantear aquellos principios, que han de conmovier toda la base del edificio social, de la familia y de la tradicion: mas claro; no creemos llegada aun la hora de establecer en nuestro pais, esas reformas radicales que piden algunos ilusos, sin tener en cuenta, que la tierra cansada de producir, necesita del tiempo y la preparacion necesarias, para que la nueva semilla fructifique.

Comprendemos que la vida de los pueblos de moderna fundacion, pueda adaptarse desde sus primeros pasos á la práctica y planteamiento de esas brillantes teorías que deslumbran, y trasforman el mísero erial de la vida en el mas florido Eden; pero opinamos que las sociedades de la vieja Europa, trabajadas en esa gradacion natural y lógica que el progreso ha venido operando en ellas, á través de los siglos, no podrian resistir una transicion fuerte y repentina en sus leyes y sus costumbres, tal como la sueñan algunos utopistas, sin sucumbir estrepitosamente, arrastrando en sus ruinas á sus mismos reformadores.

Hecha, pues, nuestra *profesion de fé*, conste que no somos esto, ni lo otro, ni lo de mas allá, sino que somos lo que decimos. No somos eco, ni obedecemos á las inspiraciones de ningun partido ni escuela determinada, sino á las de nuestra propia conciencia, y esto nos basta.

Saludamos y aplaudimos toda idea nueva, que tienda á mejorar las condiciones de nuestra desorganizada sociedad; pero acojiéndola siempre con la prudente reserva del que, víctima de su juvenil entusiasmo, ha visto mas de una vez perdidas sus mas caras ilusiones.

En la primavera de nuestra vida, vivíamos en una provincia, alejados del bullicio de la corte. Los ecos de las brillantes serenatas, que en la prensa y en la tribuna, daban nuestros mas inspirados publicistas y oradores modernos, llegaban hasta allí, impregnados con el delicado perfume de la poesía, del amor á lo bello, á lo sublime, con el prestigio en fin, de lo desconocido y el encanto de la distancia; y arrastrados por nuestra fantasía, fiados en aquellos seductores principios de luz y de armonía, de amor y de justicia, de paz y de ventura; hacíamos de cada uno de aquellos privilegiados apóstoles de nuestro siglo, un ídolo, un ser perfecto; adornado de todas las virtudes; dotados de un corazon fuerte y de una conciencia pura, y con ellos nos forjábamos un mundo ideal, un nuevo paraiso; tal como lo perdieron nuestros primeros padres despues del pecado.....

«¡Ilusiones engañosas,
livianas como el placer!.....»

El desencanto debia llegar, y llegó.

Así como el adolescente, la primera vez que asiste al teatro, cree ver en cada actriz una *diosa* y una *hada* en cada bailarina, persiguiéndole hasta en sueños su seductora imájen; y luego, al penetrar en las misteriosas sinuosidades del escenario, advierte que aquellas encantadoras deidades que su mente acariciaba, son deidades de barro,—y no siempre del mas puro,—cubiertas de falso oropel, y se arrepiente, y se sonroja del culto que les rindiera, suspirando á pesar suyo por sus muertas ilusiones: así nosotros, al llegar al *gran teatro* de la coronada villa y *al ver la funcion entre bastidores*, arrancamos de nuestro pecho el culto que consagráramos á aquellos *ídolos*, tambien de barro, y fuimos á ocultar nuestra vergüenza y nuestro despecho en el seno del mas exajerado escepticismo político;

no sin lanzar un profundo suspiro, al ver marchitas y por tierra las flores de nuestras ilusiones queridas.

Aquellos hombres, dotados de un talento superior, armados de bellísimas teorías y poseyendo en el mas alto grado los recursos de la oratoria; conmovían, arrastraban al público, pendiente de sus palabras, de sus ademanes, de sus miradas!.....

Y aquellos mismos hombres..... con la mas impasible serenidad, con sin igual *sans façon*, destruian hoy, lo que ayer habian edificado; atacaban mañana, lo que hoy habian defendido; segun que el viento de sus ambiciones ó de sus intereses, les arrastrara hácia uno ú otro lado.

Entonces nos convencimos de que el orador y el publiscito político en general, ejercian un oficio como el zapatero ó el sastre, alterando sus principios y reformándolos segun las circunstancias, como aquellos varian la forma y hechura, segun las modas ó el capricho del parroquiano!...

¡No mas ídolos! ¡no mas Dioses!.....—dijimos—y nos encerramos en la mas prudente y fria reserva, y nos decidimos á no juzgar de los hechos y de las cosas, mas que por lo que nuestro pobre criterio nos dictára, ó nos fueran enseñando nuestras modestas observaciones.

Vamos á concluir esta ADVERTENCIA, para entrar en el asunto que la ha motivado. Creemos haber llenado el objeto que nos propusimos al empezarla, pero si no lo hemos conseguido, culpa será de nuestras escasas dotes que no dieron á nuestras frases toda la fuerza necesaria para llevar el convencimiento al ánimo de los que se dignen leer estas líneas.

EL AUTOR.

Habana 26 de Octubre de 1866.

CUATRO PALABRAS QUE PUEDEN MUY BIEN SERVIR DE PROLOGO.

No es un *libro* el que tratamos de dar hoy al público; ni tan siquiera es un *folleto*, por mas que de algunos años á esta parte, se hayan puesto de moda esta clase de publicaciones, hasta para tratar de las cuestiones mas sérias y trascendentales. Todo lo mas será un modesto *opúsculo*, sin aspiraciones de *mas allá*, y condenado tal vez á no ser leído mas que por compromiso, y á andar á *pié*,—desde sus primeros pasos en el mundo,—por esas calles de Dios, hasta dar con su cuerpo en casa de algun *bodeguero* ó almacenista de comestibles, que, hoja por hoja, lo vaya convirtiendo en cucuruchitos de pimienta, canela y clavo, ó en medios de azúcar.

En fin, sea cual fuere el porvenir que esté reservado á este, que desde luego llamaremos *opúsculo*, pasaremos á explicar los motivos que nos han impulsado á publicarle.

Hace ya muchos años, que una de esas que en Europa han dado en llamarse *grandes potencias*, de su propia autoridad, y que *por ende*, se están permitiendo intervenir hasta en los asuntos mas íntimos y familiares, y en regir los destinos de las que á su vez llaman *pequeñas potencias*; una de esas, repetimos, impulsada, nó por un sentimiento humanitario y noble, que es incapaz de sentirlos, sino celosa de la floreciente prosperidad de esta venturosa Isla, por lo que á sus colonias perjudica, y de acuerdo con sus demas compañeras de *grandeza*, empezó á perseguir, con un ardor sin igual, á los buques que hacian el tráfico de negros en la costa de Africa.^[1]

[1] Véase el tratado de paz entre Inglaterra y España de 29 de Setiembre de 1817 y prohibicion de la trata desde el 30 de Mayo de 1820.—El tratado de 28 de Julio de 1835 y su promulgacion del 2 de Marzo de 1845 y Proyecto de ley de 19 de Febrero de 1866.

Las demas naciones tomaron tambien muy á pecho esta cuestion y declamaron muy alto en contra de la *trata*.

La *trata* es, en efecto, un comercio que la civilizacion rechaza, la razon repele y el corazon humano condena; por lo que el hecho en sí, tiene de injusto y de repugnante.

Hasta aquí, estamos de acuerdo con las *grandes potencias*, en que levantaran cruzadas contra aquel comercio humano; y si bien el motivo que á ello les impulsára, fuera en el fondo mezquino y egoista, por parte de la potencia iniciadora, la prohibicion está en armonía con nuestros sentimientos y la aprobamos.

Pero no podemos prescindir de decir algo, respecto al extraño contraste que notamos en esa potencia iniciadora de la persecucion de la trata.

Ese nebuloso pais que á ninguno otro se parece; eterno consorcio de luz y de tinieblas, de risa y de llanto, de oro y de cieno; que observa en su interior una política diferente de la que practica en el exterior; que, como vulgarmente se dice, juega siempre con dos barajas: una para ganar y otra para no perder; que con sus excentricidades y su obligado *spleen*, su egoismo y su avaricia há llegado á *captarse* las antipatías de casi todos los demas paises del globo: ese pais, repetimos, hace cuantiosos gastos para perseguir la *trata*, y en cambio deja que pululen por muchos de sus extensísimos barrios, millares de criaturas, que fallecen víctimas de la miseria y del abandono. ¿Dónde están esos sentimientos humanitarios de que se hace tanto alarde? ¿Cómo no atienden á las necesidades de su casa antes de cuidarse de las de la ajena? ¿No ofrece esto un notable contraste y hasta hace dudar de su tan decantada filantropía? ¿A cuántas reflexiones no se presta esta gran verdad que conoce todo el que ha visitado la capital del carbon de piedra?.....

Mas dejemos tranquila á la ahumada isla de allende el canal y prosigamos el curso de nuestro disfrazado prólogo.

Tanto y tanto se ha escrito y hablado sobre esta cuestion de los negros en Cuba, de su trabajo y de su vida, que despertóse nuestro deseo de conocerla á fondo; estudiarla concienzuda y detenidamente y emitir despues francamente nuestra humilde opinion.

Poco tiempo despues, por una causa por cierto bien extraña á este asunto, nuestra buena ó mala estrella nos condujo á esta hermosa Isla, donde hemos satisfecho aquella viva curiosidad y cumplido á la vez nuestro propósito.

Este es, pues, el motivo de dar al público en las modestas páginas de este *opúsculo* el fruto de nuestras observaciones, con la esperanza de que destruirán en parte algunos errores y rancias preocupaciones, sembradas allende el Occéano, que perjudican notablemente los intereses de nuestro pais, sin beneficio alguno real.

I.

BREVE OJEADA RETROSPECTIVA.

Desde que la misteriosa y tradicional *Caja de Pandora*, abierta en un arranque de *travesura* y de *infantil curiosidad*, por nuestros primeros padres, esparció por toda la haz de la tierra el germen de las pasiones humanas; desde que Cain mató á su hermano Abel y los demas hombres, hermanos tambien, empezaron á distinguir lo *mio* de lo *tuyo* y á despertarse entre ellos la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia y la pereza, es decir, los siete *pecados capitales* y sus obligados *satélites*, el mundo comenzó á formarse, tal cual el mundo debia ser.

Habrá quien nos interrumpa, para decirnos tal vez, que aquella malhadada semilla, legado de nuestros descamisados padres, debió perecer bajo las turbulentas ondas del diluvio universal; pero nosotros, que tenemos el deber de saberlo todo, á fuer de cronistas, podemos asegurar de buena tinta, que entre los animales de distintas especies que Noé introdujo en el arca, construida por mandato de Dios, lograron penetrar furtivamente las pasiones humanas; y cuando el martillo de Noé levantó la primera tabla de la tapa del arca, que habia quedado en seco en el Monte Ararat, se escabulleron precipitadamente, lanzándose por esos mundos de Dios á hacer de las suyas.

Decíamos, que el mundo comenzó á formarse tal cual el mundo debia ser, y como lo que estaba escrito debia cumplirse, se cumplió.

Rechazado el hombre por su culpa, de aquel encantado paraíso, eden florido de eternal primavera, donde por primera vez abriera sus ojos á la vida material y admirara extasiado la esplendente luz del astro del dia, el riquísimo manto de la noche tachonado de estrellas y adornado por el diamantino broche de la luna; donde contemplara estupefacto los prados y los montes, las fuentes y los rios, las plantas y las flores; todo ese conjunto en fin, de bellezas y armonías, que la omnipotente voluntad del Divino Artista, reuniera allí para servir de espléndido paisaje, de magnífico fondo al mejor cuadro de su creacion: *el hombre*; lloró desconsolado su destierro, abrasó su frente el sello de la esclavitud, impuesto en justo castigo de su enorme falta y, mohino y arrepentido, aunque consolado á veces por los cantos de su dulce compañera, *la mujer*, causa primordial de su pecado; empezó á recorrer con ella el escabroso sendero de la vida, legando por fin á su posteridad ese inmenso caudal de lágrimas y sufrimientos; de trabajos y miserias; de vicios y corrupcion; que hacen mas penosa para los mortales su transitoria marcha por el mundo.

Los hombres, *esclavos* desde entonces de sus pasiones y sin que el lazo fraternal que los unia bastara á contener sus ímpetus, dieron principio á esa lucha tenaz y constante que aun hoy subsiste y que tanto empequeñece á la humanidad: dividiéronse en diferentes bandos ó partidos al esparcirse por todos los ámbitos del mundo, y adoptando diverso lenguaje y religion, y leyes y costumbres tambien distintas, llegaron á desconocerse por completo y á formarse entre ellos, esa division de razas que determinó sin duda el clima de cada uno de los paises en que fueron á habitar.

Las razas fundaron pueblos, ciudades y reinos, y empezaron á establecerse entre ellos mismos distinciones, grados y gerarquías que hicieron señores á los unos, y siervos, esclavos ó vasallos á los otros.

Hé aquí, pues, el principio de la esclavizacion del hombre por el hombre; de esa ley que tantos siglos pesó sobre media humanidad, y que con tan ruidoso estruendo lograron quebrantar algunos pueblos, por aspirar el aura de libertad que mas tarde les habia de dar hambre, miseria, desesperacion y muerte.

Hé aquí tambien la cuna de las diferentes clases en que las modernas sociedades se hallan divididas en los pueblos de la vieja Europa; clases que han sufrido ya distintas modificaciones y reformas, desde los memorables tiempos del feudalismo hasta nuestros dias. Entre ellas se cuenta, como la mas numerosa, la del proletariado, á la cual hemos de consagrar algunas líneas en el siguiente capítulo.

II.

EL PROLETARIO.

Distínguese en Europa bajo este nombre, á aquel que, careciendo absolutamente de bienes, vive solo con el producto de su trabajo.

El es el que únicamente viene sosteniendo de siglo en siglo, de generacion en generacion y á través de las distintas fases por que ha pasado el mundo; el carácter del hombre primitivo, porque en el empleo de su fuerza material estriba su único elemento de produccion y subsistencia.

Labra y siembra los campos que son de otro, ya bajo los ardientes rayos del sol del medio-dia, ó ya azotado por el cierzo y las nieves del norte.

Su brazo es el alimento vivo é indispensable de todas las industrias y artefactos: tanto se encuentra en la elevada cúspide de una torre, como penetra en las entrañas de la tierra, en busca de los productos del reino mineral.

Sin él, el comercio y la navegacion, las artes y los oficios, la agricultura y la industria, no existirian; y la vida de los pueblos se arrastraria lánguida y miserable y sin adelantar un paso en las vias del progreso material é intelectual.

Y sin embargo, el proletario es en todos los pueblos y en todos los paises, el que menos garantida tiene su subsistencia y la de su familia; por mas que los filósofos y sabios de todos los tiempos, se hayan dedicado, con filantrópico afán, á mejorar las condiciones de esta clase desheredada de la sociedad.

Su vida es precaria y triste, y limitado y nebuloso el horizonte de su porvenir.

Hijo del trabajo, fáltale *el pan de cada dia*, cada vez que por razon de las crisis ó convulsiones que con frecuencia experimentan los pueblos, se suspende ó escasea aquel; así como cuando por causas naturales ó accidentales, se ve postrado en el lecho de dolor.

El proletario es una *parte* importante de ese gran *todo* que se llama pueblo, y el pueblo es el que constituye la verdadera fuerza y riqueza de cada pais.

Con el sudor de su frente, explota los diferentes veneros de una nacion, y por mas que en los trabajos que

ejecuta, se obtengan pingües resultados, nunca le corresponde mas parte en los beneficios que el importe de su modesto jornal.

En algunos pueblos de Europa, se han formado asociaciones de diferente carácter, aunque llevando casi todas por tendencia, la del *socorro mútuo* entre las clases trabajadoras. En algunos países y en ciertas y determinadas épocas, fracasaron ó mas bien fueron disueltas por sus respectivos gobiernos, muchas de estas asociaciones, por el carácter político que iban tomando sus numerosas reuniones; y solo las que han sabido librarse de aquel carácter, extraño al objeto de su institucion, dan satisfactorios resultados para sus socios: pero..... ¡son tan pocas las que se hallan en estas ventajosas condiciones!.....

Con razon se llaman *clases desheredadas* á las clases proletarias, porque en verdad que llevan la peor parte en los trabajos impuestos al hombre á su tránsito por el mundo; y en cambio carecen de los goces materiales é intelectuales, que las demas clases de la sociedad se proporcionan, gracias á los medios y elementos de que pueden disponer.

En suma diremos: que el proletario, colocado desde que nace bajo la imperiosa ley del trabajo,—del cual es verdaderamente esclavo,—consume en él la vigorosa sávia de su juventud y de su vida, enriqueciendo con frecuencia al que, poseyendo bienes ó capitales, los emplea en su explotacion, sin que por eso *él* vea jamás asegurado su porvenir; y allá, cuando la nieve de los años enerva las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu, se ve generalmente sumido en la escasez y la indigencia; entonces que es cuando debiera recojer el fruto de sus afanes y vivir tranquilamente los últimos años de su existencia.

CUADROS TOMADOS AL ACASO.

III.

CUADRO PRIMERO.

EL ALBAÑIL EN MADRID.

El pueblo de Madrid, que aun á mediados del último siglo, poseia ese carácter distintivo con que nos le han dado á conocer los mas ilustres de nuestros autores, historiadores y poetas; ha ido poco á poco y gradualmente, perdiendo su sello característico; y formándose, al sucederse las generaciones, de elementos tan distintos y heterogéneos, que el pueblo de los *manolos*, ese pueblo que tan brillantes pruebas ha dado de su valor y de su abnegacion, el pueblo en fin del *dos de Mayo*, ha desaparecido por completo, quedando en su lugar un compuesto abigarrado é informe, en que los tipos, caracteres y costumbres de las demas provincias de España, se encuentran amalgamados en desconcertado y desigual conjunto.

Al presentar el primero de nuestros cuadros en Madrid, conste que solo lo hacemos por el conocimiento que hemos adquirido de la vida íntima y social de las clases trabajadoras, en los muchos años que vivimos en aquella localidad.

Pero procedamos á la descripcion de nuestro cuadro.

Nos hallamos á mediados del mes de Diciembre.

Una menuda y constante lluvia cae sobre los infelices obligados á transitar á pié por las calles de la capital de la monarquía.

Hace un frio muy intenso, como que es el helado soplo del Guadarrama, y aunque no son mas que las cuatro de la tarde, es ya casi de noche.

En lo último de la calle de Embajadores, hay una casa de pobre apariencia: una de esas que se llaman *corralones* ó casas de vivienda.

Penetremos hasta el patio: en él corre á la izquierda una tapia elevada y negruzca, que lo divide del de la casa contigua: á la derecha, se ven en forma de miserables celdas, seis puertas pintorreadas unas, carcomidas y remendadas otras y por encima del marco de cada una de ellas, sobre la amarillenta pared, un número hecho con carbon.

Cada una de estas mal llamadas habitaciones está ocupada por alguna pobre familia, que paga por ella seis reales á la semana, de modo que solo para la casa han de deducir cada dia un real de su jornal ó salario.

Acerquémonos al último de estos cuartos ó celdas: tiene el número seis: penetremos.... ¿Qué es eso?..... ¿retrocedeis?..... ¿tan triste ó repugnante es el cuadro que se os presenta á la vista?..... ¿tan fétido es el aire que en aquella húmeda habitacion se respira?... Veamos que es lo que causa ese malestar que veo retratado en vuestro semblante.... ¡Ah!... sí... ya comprendo: el cuadro de la miseria y del hambre en toda su horripilante desnudez, es lo que ha herido vuestra vista y afectado vuestra esquisita sensibilidad: el aspecto de esa pocilga húmeda y sombría, como las mazmorras de los grandes criminales; falta de luz y de aire; sin mas muebles que una mala silla de madera y dos sucios gergones que apenas contienen paja, y sobre ellos, acurrucada una mujer pálida y demacrada, medio cubierta de harapos, tiritando de frio y procurando á la vez comunicar á sus dos hijos, pedazos de sus entrañas, el calor que la infeliz no tiene!..... ¡Oh, sí, comprendo vuestra penosa situacion!..... Es un espectáculo que desgarrá el alma del ser mas estóico!.... pero, contengamos nuestras lágrimas y observemos: los niños tendrán de siete á ocho años, pero ¡están tan macilentos, tan flacos, tan consumidos por el hambre y la miseria, que solo aparentan tener de cuatro á cinco años! ¡Infelices!.... ¡cuán triste es la primavera de su existencia!..... ¡Desgraciadas criaturas!....

Para ellos no hay flores en el jardin de la vida, ni purísimas auras embalsamadas con su perfume; ni arroyos, ni praderas; ni fuentes ni cascadas; ni blanco cespced ni pintadas mariposas; ni el sol tiene para ellos esos rayos esplendentes y vivificadores, que iluminan la frente de otros niños!.....

Un hombre se acerca á la puerta: dejémosle entrar: tal vez sea el padre de esas desventuradas criaturas: está pobrememente vestido y calado hasta los huesos: debajo de la remendada chaqueta, oculta con cuidado alguna cosa: ¡ah, es un pan!..... Retirémonos; nuestras miradas no pueden profanar todo lo que de augusto y sagrado encierre la

escena que va á tener lugar en esa oscura y hedionda habitacion. Retirémonos: despues de lo que habeis visto, yo os referiré los tristes sucesos de esa desgraciada familia y completaré el cuadro.

Ya estamos libres de la presion de aquella atmósfera tan cargada de miasmas deletéreos: ¡Dios mio!..... ¿Cómo pueden vivir siquiera diez años esas pobres gentes, respirando ese aire impuro que envenena la existencia?....

Mas oidme con atencion.

El hombre que acabais de ver es efectivamente el padre de aquellos pobrecitos niños. Llámase Pablo y es un buen oficial de albañil.

Hace diez años que casó con Antonia, aquella mujer tan pálida y demacrada, que hoy no es ni sombra de sí misma: durante algun tiempo, en que las obras no escasearon, vivieron tranquilos y felices en una modesta buhardilla, estrecha, pero cómoda y ventilada.

Aunque alguno que otro año, por el invierno, faltó el trabajo á Pablo; como economizaban el verano, podian ir tirando hasta alcanzar el buen tiempo: pero el verano último, fué este atacado de unas calenturas tifóideas, que le tuvieron durante muchos dias á las puertas de la muerte y de las que logró al fin salvarse, gracias á los desvelos y cuidados de su buena Antonia y á los eficaces remedios que se le administraron.

Pero los infelices lograron vencer un mal y entraron en otro peor.

El médico y la botica acabaron bien pronto con sus escasas economías de aquel año, y aun no habia entrado el enfermo en el período de la convalecencia, tan largo en estas enfermedades, cuando ya Antonia habia tenido que ir á empeñar lo poco que poseian; de modo que cuando Pablo estuvo ya en disposicion de trabajar, habian tenido que dejar su alegre buhardilla y empeñado ó vendido lo último que les quedaba. Entonces empezaron las lluvias, se suspendieron las obras y los infelices se vieron sumidos en la mayor indignancia.

¿De qué le servia al pobre Pablo ser honrado y trabajador si no encontraba donde ganar un jornal?

Aquellas lluvias, que á los labradores prometian *oro*, á él le producian *hambre*.

Y veia que los empleados, los comerciantes, los agentes y en fin, todos los que no estaban como él pendientes de un jornal, se agitaban, bullian, ganaban su vida, lo mismo un dia que otro, sin cuidarse de si el cielo estaba sereno ó nublado. Que si estaban enfermos, sus sueldos ó emolumentos corrian sin interrupcion y rara vez les faltaba pan para dar á sus hijos y abrigo para preservarse del frio.

El infeliz recorria casi diariamente todo Madrid, en busca de trabajo y cada dia volvía á su casa mas triste y desalentado; y á la vista de sus hijos y de su mujer medio muertos de frio y de hambre, se apoderaba de su alma la mas profunda desesperacion y la criminal idea de obtener por la fuerza ó por el crimen, el pan que sus hijos le pedian y no podia ganar con su trabajo, cruzaba tentadora por su mente; pero su buena Antonia, que leia en sus ojos lo que pasaba en su alma, confortaba su abatido espíritu y haciéndole volver los ojos á Dios y confiar en su sabia providencia, borraba pronto de su imaginacion aquella pasajera nube que la oscureciera.

Y aquel hombre vigoroso y fuerte, enérgico y valiente, resignado al fin con su mísero destino, vencido por las virtuosas palabras de su santa mujer, se encierra en un mutismo sombrío y desconsolador, brotando de vez en cuando de sus apagados ojos, cuya hundida órbita revelaba sus terribles sufrimientos, una ardiente lágrima que es una protesta viva y elocuente del abandono en que la sociedad tiene á aquellos de sus hijos que mas necesitan de sus maternales desvelos; los hijos del trabajo; los que verdaderamente hacen reproductivo el pan que llevan á sus labios; la poderosa palanca en que aquella se apoya y sin la cual no existiria, porque ellos son los que sostienen el equilibrio y las fuerzas de una nacion.

Con dolor lo decimos, pero es preciso: aquella desventurada familia, pereció víctima del frio y del hambre en su oscuro rincon, sin que la sociedad se conmoviera al ver que abrian una fosa mas profunda que las demas en el cementerio general.

No así en la otra vida, donde sin duda el Dios de la justicia les destinó un puesto preferente entre los bienaventurados.

Nos reservamos toda clase de reflexiones y comentarios sobre este sencillo y oscuro drama, para cuando llegue su turno.

IV.

CUADRO SEGUNDO.

EL OBRERO EN BARCELONA.

El pueblo catalan es, sin disputa, uno de los pueblos mas activos y emprendedores; mas cultos é ilustrados; mas laboriosos y económicos de cuantos pueblos forman parte de la monarquía española.

Orgullosos y dignos, á la vez que rectos en sus principios, son sobrios en sus necesidades, modestos en su trato y fieles guardadores de la honra de su pais y de sus gloriosas tradiciones.

La gran mayoría de este pueblo, la forman los obreros ú operarios de las innumerables fábricas, que constituyen una de las principales riquezas del antiguo principado.

El obrero catalan, vive dedicado esclusivamente á su trabajo, que desempeña con inteligencia y aficion durante los dias laborables de la semana; pero el dia de fiesta lo dedica por entero á su familia, si es casado, ó á sus amigos si no lo es, con los cuales forma partidas de caza ó pesca, á que suele ser muy aficionado.

Conoce perfectamente sus deberes para con la sociedad, pero á la vez tiene conciencia de sus derechos como ciudadano.

Un triste episodio que conocemos, acaecido en una de esas épocas calamitosas que, casi sin interrupcion, se suceden en aquel pais de algunos años á esta parte, dará á conocer la verdad de cuanto dejamos anteriormente consignado.

Corria el mes de Febrero del año 184... y era el segundo dia de Carnaval ó *Carnestoltas*, que la condal

Barcelona celebrárá siempre con extraordinaria pompa y regocijo.

Las calles principales y la Rambla, que en años anteriores se vieran tan animadas por la algazara de numerosas comparsas y cabalgatas, se veían ahora desiertas y silenciosas.

Los rostros de aquellos hijos del pueblo, que tanto aman esta fiesta, macilentos y tristes aquel día, no expresaban otra cosa que abatimiento y desesperación.

Las autoridades trataron de organizar cabalgatas y fiestas con que animar el aspecto de la población: ofrecieron los fondos necesarios á los que anualmente se encargaban de la dirección de estas bromas, pero ellos los rehusaron, alegando que no hallarían quien les secundara aunque intentaran hacer algo, porque *cuando el pueblo tiene hambre, no está para fiestas*.

Y en efecto: hacía ya algunos meses que la mayor parte de las fábricas estaban cerradas y la que trabajaba algo, era á lo sumo un par de días á la semana.

El que conozca algo aquella población, esencialmente fabril, comprenderá que los operarios y las infinitas familias y pequeñas industrias, que viven solo del alimento que las fábricas les proporcionan, quedarían, al cerrarse estas, en la más precaria situación. Y así era, en efecto.

Esta tranquila manifestación, digna y severa á la vez, fué interpretada por algunos hombres, como una muda y sombría amenaza, en que el orden corría peligro de alterarse; comunicaron á otros sus temores, estos los propalaron como cosa infalible; tomó cuerpo, y la noticia llegó á extenderse de tal modo, que las tiendas se cerraron más temprano que de costumbre, y las autoridades hubieron de tomar sus medidas de precaución, colocándose á la expectativa y dictando, entre otras disposiciones, la de que en cada una de las principales calles de la capital, se colocara una pareja de mozos de escuadra, que las recorrieran incesantemente.

En una estrecha y tortuosa callejuela del barrio de San Pedro y en un reducido *zaquizami*, levantado en la azotea de una casucha vieja, que á duras penas se sostenía de pié, vivía, ó más bien, prolongaba con trabajo su existencia, un pobre obrero, con su mujer y su anciana madre paralítica.

Los esposos caminaban ya entre los cincuenta años, y en esa edad en que las fuerzas físicas empiezan á decaer sensiblemente, la paralización de las fábricas, de que dependían, vino á hacerles probar todos los sinsabores de la indigencia.

Llevaban ya tres meses el uno y el otro sin ganar un solo jornal, no quedándoles ya nada que vender ni que empeñar, para atender á sus más precisas necesidades y pagar al casero las cuatro pesetas mensuales que les costaba el vivir en aquella especie de palomar.

Mientras lo pudo soportar, el obrero, hijo cariñoso y amante de su madre, la hacía visitar una ó dos veces á la semana por el médico, que si bien no la curaba completamente, la aliviaba mucho en sus dolencias; pero desde que ya no podía pagar á este, ni gastarse los cuatro ó seis reales que le importaba en la botica cada receta, el pobre Jayme, que así se llamaba, sufría el tormento de oír los lamentos de su madre sin poderla consolar. Su mujer la cuidaba con cariñoso esmero y procuraba, con remedios que le facilitaban los vecinos, aliviarla en sus padecimientos; pero nada conseguía y el mal tomaba cada día mayor incremento.

Serían las once de la noche: negros nubarrones cruzaban por la atmósfera, como fantasmas gigantescos, arrastrados por un fuerte viento del Sudoeste, cuyo desagradable silvido penetraba por las rendijas de la carcomida puerta de aquel albergue.

Jayme y Quima, su mujer, estaban acurrucados en un rincón, envueltos en un pedazo de manta, que apenas les resguardaba del frío y en el lado opuesto yacía la anciana paralítica, tendida sobre un colchón relleno de borras de algodón y cubierta con una vieja frazada y un refajo de Quima extendido á sus piés. Una mariposa improvisada en una taza rota, consumía sus últimas gotas de aceite y alumbraba con su débil y vacilante luz aquel cuadro de dolor y de miseria.

Jayme, con la desesperación y el desaliento pintado en su rostro, demacrado por las privaciones; meditaba profundamente sobre la triste situación y el mísero abandono en que se encontraba. Gracias á sus economías, habían podido vivir tres meses sin trabajo, pero ya no podían más: habíanse agotado todos sus recursos y al día siguiente, para dar á su madre y á su mujer algún alimento, tendría que ir á mendigar por las calles.... ¡mendigar!.... ¡qué vergüenza!.... La poca sangre que había en sus venas afluía á su corazón y subía á enrojecer su altiva frente, á la sola idea de la mendicidad!.... Y era preciso hacer este inmenso sacrificio: su deber de hijo y de esposo se lo mandaban y forzoso era obedecer.....

¡Por qué amargo trance estaba pasando el infeliz Jayme!.....

Pero Quima, que leía en las prolongadas arrugas de su frente, las tristes ideas que le preocupaban; que comprendía sus repentinos sonrojos, sus temblores convulsivos, formaba á su vez la resolución de aprovecharse del sueño de este y salir muy de mañana á mendigar, á fin de evitarle el rudo golpe, que seguramente no podría soportar.

Pero aun quedaba algo más que sufrir á aquellos desventurados.

Llamaron á la puerta: levantóse Jayme á abrir y se halló frente á frente con las atléticas figuras de un sub-cabo y dos mozos de escuadra^[2] que traían la orden de prenderle.

[2] Institución creada en Cataluña para la persecución de malhechores dentro y fuera de la población, que tanto hacen el servicio de la guardia civil, como el de los agentes de policía de las demás provincias de España.

La anciana lanzó un grito de espanto al despertarse: Quima se levantó sobresaltada y aunque lloró y suplicó, y Jayme se deshizo en protestas de inocencia, nada consiguieron; porque aquellos hombres debían cumplir con su deber y no les tocaba á ellos hacer cargos ni admitir disculpas, sino llenar su cometido dentro de los límites que les habían marcado.

Así, pues, Jayme, convencido por las poderosas razones de estos, razones que no admitían réplica, se vió obligado á abandonar su casa y su familia, y salió acompañado de los mozos y el sub-cabo; sin atreverse á volver la cara por que le espantaba el cuadro de miseria que dejaba tras de sí, en las personas más queridas para él en el mundo. De esta manera fué conducido hasta la cárcel, donde aquellos le entregaron al alcaide.

La puerta de la habitación quedó abierta de par en par al salir el obrero y los mozos: una ráfaga de aire apagó la ya moribunda lámpara ó mariposa, y el silencio y la oscuridad de la muerte reinaron en aquella estancia; porque Quima cayó al suelo presa de mortal congoja, al ver marchar á su esposo hácia la cárcel.

Precisamente ocurría esto en momentos tan críticos para ellos y sin que la pobre pudiera hacer nada para variar el curso de las cosas.

Oh!..... la fatalidad con su fatídica mano pesaba sobre aquellos desvalidos ó la Providencia les sujetaba á duras y amargas pruebas que tal vez no tendrían fuerzas suficientes para soportar con resignación.

Rendida Quima por las fatigas y las privaciones de tantos días, permaneció muchas horas aletargada, aturdida y como juguete de una horrible pesadilla; pero al penetrar por la puerta con las primeras luces del alba la fresca brisa matutina, despejaronse poco á poco sus sentidos; empezó á tener conciencia de sí misma, reconoció el cuarto con azorados ojos; recordó la escena de la noche anterior, y como movida por una poderosa fuerza magnética, se incorporó de un salto y su primer ímpetu fué salir á la calle á averiguar el paradero y la suerte de su marido.

Ya estaba en la puerta, cuando una idea repentina cruzó por su mente y volvió á entrar pálida y temblorosa.

Se había acordado de la pobre anciana y del sobresalto que le causara la brusca aparición de aquellos hombres. Su pertinaz silencio la espantaba porque todos los días á aquellas horas ya se la oía quejarse. Presa de un fatal presentimiento, se acercó á su lecho, la llamó repetidas veces y viendo que no contestaba la cogió una mano.....

Un escalofrío y estremecimiento general recorrió todo su cuerpo al contacto de aquella mano rígida y helada con el frío de la muerte: un grito de espanto se escapó de su boca y asustada, desfavorida, se lanzó á la azotea, bajó de cuatro en cuatro los escalones y como perseguida por un fantasma aterrador, salió á la calle y huyó sin dirección fija y sin parar, hasta encontrarse en el paseo de S. Juan.

Serenóse algún tanto allí su atribulado espíritu y la razón, recobrando su imperio, vino en su ayuda: reflexionó, y al hacerlo, comprendió sus deberes en aquella apurada situación; así, pues, volvió sobre sus pasos, entró de nuevo en su casa; llamó á la puerta de dos vecinas, que enteradas por ella del suceso, se apresuraron á auxiliarla, yendo á dar parte al médico, al celador del barrio y á la parroquia y ayudándola por fin en los tristes preparativos que suceden siempre á la muerte..... porque la anciana madre de Jayme había muerto efectivamente á consecuencia del sobresalto que le causó la violenta escena de aquella noche fatal.

Jayme entre tanto, se hallaba encerrado é incomunicado en oscuro calabozo, presa su alma de mortales angustias y devorando en sus ardientes lágrimas que vertía una á una como otras tantas gotas de fuego, toda la indignación, toda la rabia que había encendido en su pecho el injusto atropello cometido en su persona y en su casa.

Un negro presentimiento le anunciaba, que algo más terrible que su prisión, tendría que lamentar, como fatal consecuencia de aquellos sucesos: crispábanse sus dedos; levantábase su pecho á impulsos de la ruda tempestad que en él empezaba á agitarse y de sus trémulos labios, contraídos por el dolor y el despecho, se escapaban inarticuladas frases, cuyo terrible significado era fácil comprender.

En sus momentos de tregua, recorría el infeliz toda su vida pasada y no hallaba en ella nada de que tuviera que reprocharse. Su amor al trabajo, á la familia y á las tradiciones de su país; su vida pacífica, sus escasas reuniones y amistades; todo, todo lo examinaba..... Una idea acudió á su mente, pero la rechazó en seguida, porque ¿qué delito había en ello?....

Jayme recordó que entre los tranquilos goces que se proporcionaba en las horas destinadas al descanso en su modesto hogar, se contaba la lectura de libros y periódicos. Estos libros y estos periódicos, escritos por hombres que *se decían* colocados á la vanguardia del progreso y de la civilización, abogaban por las clases proletarias; y aunque en su sano criterio siempre consideraba irrealizables aquellas bellísimas teorías y sueños aquellas imágenes poéticas con que engalanaban sus discursos aquellos canoros ruseñores; con todo, halagaban su imaginación y recreaban su fantasía. ¿Qué le importaba al mundo que hubiera *uno más que soñara*? ¿qué mal hacía en ello á la sociedad, si al salir cada día á la calle con la aurora, sus sueños de color de rosa se habían borrado de su mente y en el resto del día no pensaba más que en su trabajo?

En estas alternativas pasó hasta las doce del día, hora en que fueron á sacarle para tomarle la primera declaración, sobre un delito que el infeliz no conocía.

Su arresto de aquella noche, así como el de otros muchos, fué motivado por las falsas noticias que circularon de que los obreros sin trabajo iban á alterar el orden, y el pobre Jayme fué comprendido en este número, no solo por que se hallaba en esta situación, sino porque se sabía de público que era suscriptor constante á periódicos y obras de política avanzada, en la cual se le consideraba afiliado.

Fácil le fué probar su inocencia y al día siguiente expidieron su orden de libertad y abandonó las puertas de la cárcel, cuyos umbrales era la primera vez que había pisado; pero cuando Jayme llegó á las inmediaciones de su casa, lo primero que hirió su vista fué..... ¡Un entierro! Nadie le dijo nada: el atahud iba cerrado, pero su corazón de hijo, adivinó que el cuerpo de su madre iba encerrado en aquella caja, que acompañaban algunos de sus amigos y vecinos!....

Un vértigo se apoderó de todo su ser: una nube de sangre cruzó por su vista y loco, desatinado, sin concierto, se lanzó rápido hácia el centro de la población.

¿Adonde iba á parar aquel hombre?... ¿Cuál era su designio? Ni él mismo tenía conciencia de ello.

En aquel estado llegó á la Rambla: la fatalidad hizo que casualmente acertaran á pasar por delante de él dos mozos de escuadra: este hecho tan insignificante en otra ocasión, determinó sus intenciones.

Estaban arreglando el paseo y había diseminadas por el suelo algunas herramientas: veloz como un relámpago, se lanzó sobre una de ellas y arremetió furioso á los mozos, recibiendo uno de ellos una herida tremenda en la cabeza, que le hizo bambolearse; pero cuando sus brazos iban á descargar el segundo golpe, dos detonaciones seguidas le arrojaron cadáver al suelo, atravesado su cráneo por dos balas, que le disparó el otro mozo de escuadra.

De esta manera trágica y sangrienta, concluyó el pobre Jayme una vida apacible, honrada y laboriosa.

En cuanto á la desgraciada Quima, estuvo dos meses en el Hospital, luchando entre la vida y la muerte; pero por fin curó y al verse en la calle sin casa, sin familia, sin recursos, se puso á servir de cocinera en casa de unos señores de su pueblo que se habían establecido en Barcelona.

Por ella supimos los tristes detalles de este trágico suceso, que dejó profunda huella en nuestra alma.

CUADRO TERCERO.

EL JORNALERO DEL CAMPO EN MÁLAGA.

Uno de los pueblos en que mas fotografiados quedaron el carácter, los usos y costumbres y hasta el tipo distinguido y poético de los árabes, despues de su dominacion de siete siglos en la mayor parte del territorio de la Península Española, fué sin duda el pueblo de Málaga; último escalon que, vencidos y espulsados, pisaron aquellos al regresar á las ardientes playas del Africa, donde debian ser víctimas de la ferocidad de sus mismos hermanos, que ya los desconocian.

Nacidos en un suelo feraz y bajo los ardientes rayos de un sol abrasador, los hijos de la *perla del mediterráneo*, como la llamara uno de nuestros inspirados poetas contemporáneos, son en general de carácter vivo y risueño; francos, amables y hospitalarios con los extranjeros; pero á la vez burlones y ponderativos; haciendo alarde de prendas y cualidades que á veces no poseen; indolentes y perezosos para el trabajo material, se entregan con pasion al *dolce farniente* del que solo se cuida del *hoy*, y jamás piensa en el *mañana*.

Dotados por un lado de bellísimas dotes, que hacen ameno y agradable su trato; adolecen por otro, de todos los vicios y defectos inherentes á los hijos de los puertos meridionales.

Son á la vez músicos y poetas, *boleros* y farsantes; materia siempre dispuesta para todo lo que no sea grave y formal; airosos y gallardos, tienen siempre en sus labios una flor y un chiste para la mujer y en sus ojos una provocacion y una amenaza para el hombre; pero en lo general son tan prontos para lanzar lo uno y lo otro, como para retirarlo cuando conviene.

Calcúlese pues, en hombres *hechos así* por la naturaleza: ¡cuál no será el sacrificio del pobre jornalero del campo, que para vivir se ha de colgar del hombro el pesado azadon, cuando aun brillan las estrellas; y se ha de encaminar á la viña de Juan ó de Pedro y empezar la ruda tarea de cavar profundamente aquella tierra, desde que amanece Dios, hasta que anochece; y esto, con pequeños intervalos de descanso y durante todo un dia, que al pobre le parece una eternidad: y para mayor consuelo, repetir esta funcion al dia siguiente, y al otro, y al otro, y por último, todos los dias del año, escepto los domingos y fiestas de guardar!

Y sin embargo, es tal la costumbre y el hábito del trabajo, creado por la necesidad; que este mismo hombre, que de tan mal talante empieza su trabajo por la mañana, concluye generalmente alegre y festivo y dispuesto para una broma y un jaleo, aunque sus huesos esten quebrantados. Es verdad, que mientras sus brazos lanzan una y otra vez el azadon sobre la dura tierra, su voz no cesa de cantar esas melodiosas y poéticas *playeras*, cuyas ricas armonias y suaves modulaciones jamás ha podido escribir ninguno de los príncipes del arte; y que recrean su mente, trasladando su espíritu á otras regiones y haciéndole olvidar que su cuerpo trabaja.

Pero el dia de fiesta, el jornalero del campo, falto de instruccion y de esos gustos que recrean la inteligencia, sin menoscabar la dignidad del hombre y sin perjudicar su cuerpo; lo pasa entregado á los corruptores vicios del juego y la bebida, entre las pintorreadas paredes de una taberna, donde pierde ó gasta con frecuencia, el misero jornal que con tantos sudores ganara y de donde salen siempre riñas y pependencias, que le conducen con frecuencia al patíbulo ó al presidio, dejando á su familia deshonorada y sumida en la indigencia.

Dada ya una ligera idea del carácter, costumbres é índole especial de los hijos del pueblo del castillo y la Alcazaba, pasemos á dar á conocer, tambien ligeramente, el asunto que motiva este cuadro.

Un jóven de unos veinte y cinco años, fuerte, robusto y vigoroso, jornalero del campo, vivia con su padre y una hermanita, menor que él, en una modesta, pero aseada casita del barrio de la Trinidad.

La circunstancia de ser hijo único varon de padre sexagenario, le habia servido de escepcion legal, para librarse de la suerte de las quintas y el mozo trabajaba para mantener á aquel y á su hermana, que tambien ayudaba algo, vendiendo frutas y flores por las calles de la ciudad.

Ganaba seis, siete y hasta ocho reales de jornal, segun las circunstancias, y con esto y con lo poco que su hermana se agenciaba, vivian, sino con desahogo, por lo menos sin pasar necesidades, que bien pocas son las de los pobres.

Juan,—que así se llamaba el mismo,—era alegre y de chispa; enamorado y amigo de bailoteos y francachelas, en que figuraba como *cantaor* que era, y de *primo cartello* en aquellos barrios, de *rondeñas* y *fandango*, *playeras* y *soleá*; pero el trabajo no le dejaba tiempo para aquellas bromas y hacia de la necesidad virtud. Con todos, los dias de la semana destinados al descanso, Juan se entregaba en cuerpo y alma á estas bromas con sus amigotes, y mas de una vez, arrastrado por la tentacion del vicio y calientes los cascos por el vinillo seco de Málaga, que embriaga solo de olerlo, hubiera dejado á su familia en ayunas, si su padre, conecedor del mundo en que vivian, no le hubiera con tiempo registrado la faja y sacado de ella todo el dinero, escepto dos pesetas, que cada semana le dejaba para fumar y demas gastos.

Mal que bien, la olla se ponía todos los dias en aquella casa, y esto indicaba un pasar regular entre aquellas gentes en cuyas chimeneas no siempre se veía humo, y tanto era así, que muchos envidiaban su bienestar, citando á Juan y á Cármen como modelo de buenos hijos.

Mas como quiera que nada hay duradero en este mundo, pues que todo en él tiene término; sucedió que empezó á desarrollarse entre las viñas una enfermedad que los sencillos labradores llamaban *ceniza* y que no era otra cosa que el *oidium tuckeri* y á perderse sus frutos un año y otro año bajo la influencia abrasadora de esta epidemia.

Aquellos, que vieron en el primer año perdido el valor de los jornales invertidos en el cultivo de las viñas, los escasearon en el segundo, y al ver en el segundo el mismo lamentable resultado, los suprimieron por completo en el tercero. Juan fué de los últimos trabajadores que despidieron, porque era un mozo que trabajaba con conciencia, pero al fin le despidieron, porque no podia ser otra cosa.

Este fué un golpe fatal para aquella pobre familia, ante quien se presentaba una larga série de privaciones.

Juan, el primer dia, hizo vivas diligencias por encontrar trabajo; el segundo vió á algunos labradores y maestros de obras con el mismo objeto; el tercero encargó á algunos amigos que le avisaran cuando supieran donde habia un jornal que ganar: el cuarto se lamentó de ello en la taberna y, por último, el quinto, sexto y subsiguientes, no se ocupó mas del asunto y empezó para él esa vida de desarreglo y desenfreno, en que el dia y la mayor parte de las noches trascurrian entre el vino y los cantares.

Mas como quiera que para todo esto se necesitaba dinero y este no le habia, ni por donde viniera, y en las

numerosas tabernas de donde eran parroquianos él y sus amigos, se negaban ya á darles al fiado, sucedió lo que era natural que sucediera, que cada cual empezó por vender y empeñar cuanto tenia en su casa; y cuando esto se acabó, que no tardó mucho, se formaron planes á cual mas descabellados, para obtener á todo trance aquel elemento tan indispensable para continuar alimentando su detestable vicio.

El infeliz padre de Juan, que observaba con espanto el camino de perdicion que habia emprendido su hijo, el único sosten de sus ancianos dias; que veia con amargo dolor que á sus consejos, amonestaciones y reprimendas, contestaba unas veces con el silencio y otras,—cuando su razon estaba ofuscada por los vapores del vino,—con una falta de respeto y hasta con una desvergüenza, que el pobre no podia castigar por su imposibilidad física; que pasó muchas noches en vela, con el alma en un hilo y temiéndose siempre alguna catástrofe; que echó de menos alguna ropa de cama y un cuadrito con marco dorado de la Santísima Trinidad, que tenia en mucha estima y devocion por ser herencia de sus padres; y por último, que su hija Cármen, única que entonces atendia á las necesidades de la casa con lo poco que ganaba, habia sufrido ya en la calle dos ó tres acometidas de su hermano, para que le diera el dinero que habia ganado, llegando hasta á maltratarla una vez porque la infeliz se negaba á ello; y que ya los vecinos empezaban á murmurar en alta voz y á pronosticar un fin desastroso para su hijo; aquel hijo que antes era citado como modelo entre los buenos; todos estos disgustos, bien graves por cierto, unidos á la escasez de alimentos sanos y nutritivos, fueron minando su ya quebrantada salud y acabaron por imposibilitarlo en el lecho, quizás para no levantarse mas.

Cármen, que era una buena muchacha, amante de su padre y de su hermano hasta el delirio, redoblaba sus esfuerzos por ganar lo suficiente para alimentar al primero y aun para dar algunos cuartos á su hermano á fin de tener derecho á llorarle y suplicarle por Dios, que dejase aquella vida y aquellos amigos que habian de causar su perdicion y su desgracia; consejos que aquel oia como quien oye llover.

Una noche, acababa Cármen de dar á su padre un cocimiento de flores aromáticas que una vecina le habia aconsejado, y así que lo vió reposando al parecer, cerró la puerta de su dormitorio y ya se iba á desnudar para descansar de las fatigas del dia.

Varias veces se habia asomado durante la noche á la ventana por ver si volvia su hermano, pero como esto acontecia muy rara vez antes del alba, aunque se asomó una vez mas, fué mas bien por costumbre, que por la esperanza de verle llegar.

Acababan de dar las doce en todos los relojes de la poblacion: las calles estaban silenciosas y desiertas y no se escuchaba otro ruido que el confuso murmullo de las aguas del Guadalmedina, que con las lluvias del dia anterior habia tenido dos fuertes avenidas, y de vez en cuando el grito lejano y monótono del sereno que cantaba la hora.

Ya iba á cerrar el postigo y á acostarse, cuando creyó oir unos pasos sordos y precipitados, como de alguno que corriera descalzo. Cármen prestó atencion y empezó á temblar al percibir aquellos pasos cada vez mas cerca y ahogó un grito al reconocer á su hermano en un hombre pálido, ensangrentado, descompuesto, que de un salto cruzó la calle, empujó la puerta, volvió á cerrar atrancándola por dentro, penetró en la sala, dió un soplo al candil de hoja de lata que ardia colgado de un clavo, cerró cuidadosamente el postigo y agarrándola convulsivamente por el brazo, le dijo al oido con voz lúgubre: «¡A dormir!» y la empujó violentamente hácia su cuarto.

La infeliz, toda trémula y sobrecojida, no pudo articular una frase y temblando de angustia y de miedo, se arrojó vestida en su cama, aunque dispuesta á saber en qué paraba todo aquello, que habia despertado en su alma los mas tristes presentimientos.

Por lo pronto, oyó que su hermano cojió á tientas el porron del agua, se salió al patio y al parecer se estuvo lavando: esto le recordó las manchas de sangre de que le habia visto cubierto al cruzar la calle y cierta húmeda frialdad que notó en sus dedos al cojerla por el brazo. Su mente vió mas claro entonces, y comprendió horrorizándose, que su hermano venia de cometer algun crimen.

Un sudor frio corrió por todo su cuerpo y acurrucandose en un rincon de la cama, contuvo hasta la respiracion y su corazon latió con violencia, por que en medio de la densa oscuridad que la rodeaba, creyó ver mil fantasmas ensangrentados cruzar por delante de su vista.

En esta horrible situacion, oyó dar la una y las dos y antes de dar las tres, oyó fuertes pisadas en la calle, rumor confuso de voces y los secos golpes de los chuzos de los serenos al apoyarlos en el suelo; notó que el ruido se acercaba lentamente y que llegaba hasta su casa y se medio incorporó jadeante y muerta de angustia y ansiedad, porque creyó que aquella patrulla se detenia en su puerta y la reconocian y aun se figuró oir decir en voz baja pero firme: «¡aquí es!...»

Al mismo tiempo creyó percibir un leve ruido por el patio, poco despues sordas pisadas en el tejado y..... nada mas por aquel lado..... pero instantáneamente sonaron en la puerta dos fuertes golpes dados con la contera de un chuzo y una voz, que reconoció por la del celador, intimando la órden de abrir.

Confusa, atribulada y llena de miedo contestó: «¡Ya van!» y levantándose encendió el candil y ya se dirigia á abrir, cuando se vió el brazo izquierdo manchado de sangre: aunque esto la acabó de trastornar, se limpió apresuradamente, fué á la puerta, quitó la tranca y al abrir, vió penetrar la acerada punta de tres chuzos y brillar el cañon de una pistola.

El celador y los serenos, al verla sola, entraron en la casa y el primero le preguntó apresuradamente por su hermano.

Cármen no podia contestar, pues su voz se anudaba en su garganta, pero intimada fuertemente por aquel, dijo al fin balbuceando, que aun no habia vuelto á recojerse.

El celador entonces, cogiéndola del brazo, la condujo hasta la puerta y mostrándole las manchas de sangre, fresca aun, impresas en ella por fuera y por dentro, así como en la tranca, le dijo que ¿quién habia podido dejar allí señalada aquella sangrienta huella sino Juan?

Cármen, ante esta prueba evidente, palpable, del crimen de su hermano, palideció intensamente y cayó de rodillas á los pies del celador, balbuceando algunas frases de súplica que este no solo no escuchó, sino que alzándola bruscamente, la hizo marchar delante de él para registrar la casa; pero colocando antes uno de los serenos en la puerta de la calle, otro en el patio y haciéndose acompañar por el tercero.

Todo esto pasó en menos tiempo del que se necesita para describirlo. Bien pronto hubieron investigado todos los rincones de la casa y ya se dirigian á la alcoba interior donde dormia el anciano, cuando Cármen, que lo creia ignorante de cuanto habia sucedido, pedia ya al celador que por la Virgen Santísima evitara á su padre enfermo el

sobresalto que esta visita y la causa de ella le habia de ocasionar; pero no pudo concluir, porque abriéndose la puerta le vió aparecer en el dintel y apoyándose en su marco, pálido como la muerte, vacilante, herizado el blanco cabello y cubierta la frente de gruesas gotas de sudor, indicando al celador, con su brazo descarnado y tembloroso, que pasara á reconocer aquella habitacion.

Este, á quien la aparicion inusitada de aquel espectro vivo, habia sorprendido momentáneamente, recordó sus deberes y penetró resuelto con el sereno, volviendo á salir al cabo de un momento sin hallar lo que buscaban.

Entonces se dirigió al patio para recojer al sereno y continuar sus pesquisas por otro lado, pero este le dijo algunas palabras al oido y variando de opinion, comunicó rápidamente algunas órdenes á los otros dos y él se quedó en el patio con el primero, esperando el resultado de su disposicion.

El anciano á todo esto, se habia adelantado paso á paso y apoyándose en el hombro de su hija, expresando su rostro una angustia indescriptible y encendida su frente por el rubor de la vergüenza, porque..... ¡lo habia oido todo y en el fondo de su alma, juzgaba á su hijo criminal!

El desenlace de aquella fatal escena, no se hizo esperar mucho: oyóse distintamente una voz que decia: «¡entrégate!» luego, un segundo de silencio, interrumpido por una detonacion: un grito de dolor, y por último, el ruido sordo que produce la caida de una masa inerte desde una altura á la calle.

«¡Mi hijo!..» «¡Mi hermano!..»—esclamaron á un tiempo el padre y la hija, lanzándose á la calle precedidos del celador y el sereno, que se habian precipitado hacia el lugar de la catástrofe.....

A unos quince pasos mas abajo de la casa, se hallaba Juan tendido en un mar de sangre, lívido, descompuesto y lanzando prolongados gemidos de dolor; rodeábanle los serenos y algunos vecinos que habian salido de sus casas al oír el tiro.

Cármen, arrastrando mas bien que conduciendo á su anciano padre, que por un prodigioso y supremo esfuerzo podia seguirla, y exhalando lastimeros ayes, se arrojó sobre su hermano, vió que de su pecho manaba la sangre á borbotones y rasgando sus vestidos procuró restañarla, pero entonces observó con espanto que aquella salia por la boca y que las sombras de la muerte iban cubriendo su faz lívida y descompuesta.

Por fin llegaron el médico y el escribano, á quienes se habia mandado buscar. Examinóle el primero y mandó que inmediatamente se avisara á la parroquia, pues al herido le quedaban muy pocos minutos de vida. El escribano quiso á su vez extender las primeras diligencias, pero no pudo conseguir una sola palabra del moribundo y se hubo de contentar por entonces con las declaraciones del celador, los serenos y algunos vecinos.

El anciano padre de Juan, de quien nadie se cuidaba, fijos sus desencajados ojos en su hijo; entreabierta la boca; crispados sus dedos; sombrío, mudo, sin ver á nadie de los que le rodeaban, iba reflejando en su semblante las rápidas trasformaciones, los mismos signos mortales que se dibujaban, con tintas cada vez mas pronunciadas, en el rostro de aquel, hasta el punto de que, al llegar el sacerdote y cuando ya empezaba á administrar el *Santo Oleo* al moribundo, se exhaló un ronco y extraño quejido de su pecho, dobláronse sus piernas, nubláronse sus ojos y cayó pesadamente al lado de su hijo, arrancando á los circunstantes un grito general de conmiseracion mezclado de espanto.

El sacerdote tuvo que pasar del hijo al padre y á los pocos segundos, ambos habian dejado de existir.

Los caritativos vecinos se llevaron á Cármen á su casa atacada de horribles convulsiones, y la justicia se encargó de lo demas, enterrando al dia siguiente y en una misma fosa al padre y al hijo.

El hecho que habia provocado aquel sangriento drama, hélo aquí: Juan, y tres mas de sus amigos de taberna, á quienes, como ya dijimos anteriormente, no fiaban en ninguna parte, se habian pasado algunos dias sin *mosto* por carecer de *blanca* y proyectaron robar al tio Curro el tabernero, que segun fama de todo el barrio tenia *achocados* algunos napoleones en el fondo del arca.

Esperaron á que todo el mundo durmiera aquella noche y asaltando su casa por las tapias del patio trasero, penetraron sigilosamente tres de ellos, pues el otro se quedó en la calle de acecho, y llegaron hasta la alcoba donde el tabernero y su mujer dormian. Por mas cuidado que pusieron, marchando descalzos y sin hacer ruido, el tio Curro, que tenia seguramente el sueño muy ligero ó que aun no se habia dormido profundamente, oyó sus sordas pisadas y levantándose de un brinco,—pues era hombre *terne*,—cogió la descomunal *tea* que siempre tenia á la mano, salió al encuentro de los salteadores y les arremetió á tientas, *despachando* á uno de ellos del primer *viaje*.

Aunque esto fué rápido como el pensamiento, los otros dos cayeron sobre él y lo arrojaron al suelo sin vida, no sin que arrastrara en su caida á Juan, de quien el tabernero se habia agarrado fuertemente.

La mujer del tio Curro se despertó sobresaltada al ruido de aquella sangrienta lucha, y empezó á dar tan desaforados gritos, que pusieron en fuga á los dos ladrones que quedaban de pié. Saltaron la misma tapia por donde habian entrado y ya no vieron al compañero que habia quedado de acecho, por lo cual huyó cada uno en distinta direccion.

Hé aquí explicado el estado en que Juan llegó á su casa, descalzo y cubierto de sangre.

Cuando Juan se hubo lavado y hecho desaparecer en parte las manchas delatorias que le cubrian, temblando como un azogado y asaltado por atroces remordimientos, porque aquel era su primer paso en la sangrienta carrera del crimen, se sentó vestido en su lecho y se puso á reflexionar sobre su crítica situacion.

Le espantaba el temor de dar en manos de la justicia y aunque creia que las sospechas de esta no podrian recaer sobre él, con todo, su espíritu estaba desasosegado, intranquilo.

Pasaron algunas horas y aunque se recostó y quiso dormir, el sueño huia de sus párpados.

En vela como estaba, oyó los pasos de los serenos y su corazon empezó á latir con violencia, porque comprendió instantáneamente que venian en su persecucion. De un salto se plantó en el patio, se encaramó en el tejado, lo atravesó saltando á otro y de allí á otro, hasta alejarse bien del de su casa y se escondió detrás de una chimenea. Allí estuvo largo rato, interin registraban su casa, pero de pronto vió la luz de un sereno que se acercaba por aquel lado y que hiriéndole con sus rayos le denunciaria en cuanto aquel se aproximara y montando al caballete del tejado iba á descolgarse á la calle, cuando se encontró con otro sereno que le intimó á que se entregara, encañonándole una pistola.

Juan, que á todo trance queria escapar, del poder de la justicia que le horrorizaba, trató de huir de este nuevo peligro, pero la bala que el sereno le envió, le cortó la retirada, pues atravesándole el pecho, le echó sobre el alero del tejado y de allí á la calle, en cuyas duras piedras acabó de hallar el castigo de su crimen.

La huella de su fuga por el patio de su casa, la descubrió el sereno que quedó allí de centinela, porque sus pies descalzos habían pisado en la huída, el agua que vertiera en el patio al lavarse, dejando impresas sus plantas en la pared al trepar por ella.

La pobre Cármen, continúa aun vendiendo flores y frutas, con lo que se mantiene, sin haberse querido nunca casar por mas partidos que se le han presentado, porque no quiere exponerse á que un hijo suyo renueve la profunda herida que dejó en su alma el desastroso fin de su padre y de su hermano.

VI.

REFLEXIONES.

Los tres *cuadros tomados al acaso* que, de entre los infinitos que conocemos de su género, hemos presentado á nuestros lectores; verídicos, reciente uno de ellos y elocuentes por sí solos, se prestan sin embargo á un mundo de reflexiones. No podemos prescindir de estampar algunas en estas páginas, siguiendo nuestro inalterable principio de emitir francamente nuestra opinion.

Téngase bien entendido, que no son cuentos creados por nuestra mente, los que hemos tratado de bosquejar; y en los cuales, solo hemos alterado los nombres, por creerlo así oportuno y por razones de fácil comprension.

En todos ellos, se echa de ver esa falta de proteccion al trabajo, esa garantia indispensable de su modesta existencia; espuesta siempre á los azarosos vaivenes de la fortuna; esa estabilidad de que carece, por que infinidad de elementos de diferente índole: como las guerras, las sublevaciones, las luchas políticas, diplomáticas y financieras; las ambiciones personales, las epidemias ¡y hasta la atmósfera! la alteran con harta frecuencia y siempre en su inmediato perjuicio.

En todos ellos aparece como la verdadera víctima de todos los desastres y conmociones que experimenta la sociedad y rara vez vislumbra en el limitado horizonte de sus aspiraciones, ese iris de esperanza que á las demas criaturas promete con frecuencia, un cambio favorable y progresivo en su posicion y en su fortuna, y con él una vida apacible y rodeada de tranquilos goces.

Pablo el albañil, era un honrado y laborioso trabajador, que cumpliera con sus deberes para con la sociedad y con su familia; que vivía feliz y tranquilo, atendiendo á todas sus necesidades con su modesto jornal; sin envidiar jamás la grandeza y el fausto que por do quiera hería su vista; y le vemos perecer de hambre y de frio con su familia, abandonado de sus hermanos los demas hombres; relegado al olvido en el sombrío y húmedo rincon de su miserable albergue; sin que la mano protectora de la sociedad, de que él formaba parte, se tendiera hácia él con dignidad y con amor, no humillándole, para levantarlo de la triste postracion en que le habian sumido elementos contrarios á su voluntad.

Jayme el obrero, infatigable y entusiasta trabajador; constante y aplicado en su oficio; buen hijo y buen esposo; amante de su patria y de sus hermanos; de sanas y religiosas costumbres y orgulloso de su humilde pero honrada posicion; halla tambien en la falta de trabajo y en la de prevision y cordura de los encargados de la seguridad pública, fatalmente combinados en un momento, el mas terrible de los golpes y la mas trágica de las muertes.

Y por último, vemos á Juan, el jornalero del campo, que á pesar de su organizacion meridional, tan contraria á la rudeza de un constante y asiduo trabajo; vence su natural molicie por atender á las necesidades de su casa de que es el único sosten y solo la falta de ocupacion, unida á su ningun criterio para distinguir lo bueno de lo malo, le conducen paso á paso por la rápida pendiente del vicio hasta llegar al insondable abismo del crimen, que es su inevitable y fatal consecuencia.

Fijemos nuestra atencion en estos hechos y meditemos.

Nace un hombre, entre las remendadas sábanas de una pobre cuna; se desarrolla y crece, y cuando se halla en esa edad en que la imaginacion puede recoger con fruto la regeneradora semilla de la instruccion,—antorcha luminosa que es á la humanidad, lo que el radiante astro del dia es á las brumosas sombras de la noche; que disipa sus tinieblas y alumbrá sus pasos por el escabroso sendero de la vida; con la cual salva las distancias mas remotas; penetra en los profundísimos abismos de los mares y en las recónditas entrañas de la tierra; observa la marcha de los astros, conoce su magnitud y su naturaleza, la distancia que de ellos nos separa y sus misteriosas revoluciones; dá direccion á los rayos, los recoge y los analiza; varía el curso de los rios y de los mares y abre anchurosos caminos por debajo de su lecho; allana los montes y perfora gigantescas montañas; aplica maravillosamente el vapor y la electricidad; navega por el fondo de las aguas y fabrica aire artificial igual al de la atmósfera y en fin, produce ese conjunto sorprendente de adelantos y reformas que el progreso va marcando en las brillantes páginas de oro de su libro, pues bien, cuando el hijo del pobre, decíamos—; se encuentra en la edad á propósito para beber en esa bienhechora fuente que se llama *enseñanza*, sus padres, hijos del trabajo, faltos tambien de instruccion y de elementos, por que apenas les basta lo que ganan para atender á las mas perentorias necesidades de la vida, los llevan consigo á las obras, al campo, á los talleres, y allí, á fuerza de años y de constancia, aprenden el oficio, arte ú ocupacion que en su edad viril les ha de dar el *pan de cada dia*.

¿Y la enseñanza gratuita?—Se nos dirá.

La enseñanza gratuita, aprovecha á *unos pocos*, dá un escasísimo rayo de sus luces á *muchos*, y de nada sirve á la *gran mayoría*.

La veracidad de este aserto, que la experiencia misma manifiesta, la probaron ademas, plumas mas competentes que la nuestra, señalando, á la vez que los defectos de que adolecía aquella institucion, el remedio necesario para evitar sus perniciosas consecuencias, contrarias á su verdadero é interesante objeto.

No es nuestro ánimo venir á desentrañar estas cuestiones, hartamente graves por cierto, para tratadas en las modestas páginas de un *opúsculo*. Cumple solo á nuestra designio, probar que, entre las causas que conocemos como origen de los males que aquejan á las clases proletarias; la falta de instruccion es una de las mas trascendentales sin duda, puesto que ella es la que engendra en el hombre el deseo de su perfeccionamiento; reformando sus gustos y sus hábitos, en armonia con la civilizacion que le rodea y haciéndole conocer por último, todos esos goces intelectuales que no pueden comprender y apreciar los que de ella carecen.

No echamos en olvido, el inmenso bien que hacen en todos los pueblos, esas caritativas asociaciones de

beneficencia domiciliaria y parroquial, socorriendo á los pobres en su indigencia; pero no es esto lo bastante para las clases proletarias de que nos ocupamos, por que al hombre honrado, laborioso, trabajador, repugna la limosna y se crée humillado al recibirla, á pesar de las delicadas formas con que á veces se reviste para presentársela.

Esta clase proletaria, forma la inmensa mayoría de la nacion, y aunque son los mas en número, son los menos en riqueza, puesto que nada poseén. Por eso las demas clases poseedoras de bienes, capitales ó conocimientos, que todo es poseer, debería reunir sus esfuerzos y con sus elementos y sus luces, asentar en buenas y sólidas bases un principio salvador é imperecedero, que pusiera fin, de una vez para siempre, á esos vaivenes y contratiempos á que constantemente se vé expuesta la nave que conduce á los hijos del trabajo, sus hermanos, por el proceloso mar de la vida.

Muchas desgracias y no menos crímenes se evitarían y la humanidad adelantaría mas desembarazada y rápidamente por las vías de la civilización y del progreso.

¡Cuan feliz no sería el pueblo que lograra llevar á cabo esta noble empresa! Ella señalaría una nueva era de paz y de ventura, de bienestar y de abundancia, que borraría, tal vez para siempre, esos ódios y mezquinas ambiciones que se anidan en el corazón de la mitad del género humano, hácia la otra mitad.

Pero nos hemos dejado arrastrar mas allá de lo que nos propusimos al trazar el plan de esta obra.

Siguiendo pues, las exigencias de ella, nos hemos de trasladar, con aquellos de nuestros lectores que gusten acompañarnos, al feracísimo suelo de nuestras ricas Antillas, á la inestimable perla de occidente, á la tierra prometida del inmortal Colon.

VII.

EL ESCLAVO.

Mucho se ha escrito y hablado respecto del esclavo africano en América, objeto hoy de este capítulo, presentándole unos como un ser embrutecido, fanático, incorregible; otros como una especie de hombre fiera, dotado de sanguinarios instintos; y por último, algunos como un ser inocente y sencillo, sumiso y obediente, aunque á la vez perezoso y poseyendo todos esos detestables vicios que corroen la existencia de lo mas abyecto de la sociedad.

Unos y otros tal vez tendrían razón al expresarse así, por que sin duda basaron sus observaciones en un tipo determinado ó en el estrecho círculo de una localidad, y esto no basta.

Sin tratar por esto de herir su susceptibilidad, debemos exponer nuestra franca opinión en el asunto; y á nuestro modo de ver, no es suficiente el exámen de un individuo para determinar el carácter de una localidad, así como el estudio de esta no nos puede dar el conocimiento exacto de las condiciones de un pueblo en general.

La raza africana, tal como nos la presentan los negros bozales, se encuentra como es de suponer, en un grado muy inferior de civilización respecto de la nuestra, pero ellos entre sí difieren y no poco, en caracteres, costumbres, creencias, cultura é inteligencia, segun el reyno ó nacion de donde proceden.

El tráfico negrero, ha importado á esta Isla hombres, mujeres y niños de diversos puntos del golfo de Guinea, pero mas principalmente del Congo, Macuá, Lucumí, Carabalí y Arará, reinos ó naciones del Africa, que mas se han prestado á esta clase de comercio humano.

Escasos de inteligencia y predominando en todos ellos, en general, el elemento material; apenas se descubre en ellos una leve chispa de su espíritu, esa divina antorcha que la voluntad del omnipotente coloca en la grosera envoltura de cada uno de sus hijos, para que ilumine sus pasos por la senda de la vida terrenal; pero con todo, en instintos y cualidades morales, se notan entre ellos, como decíamos anteriormente, muy marcadas diferencias, segun podrá observarse por el retrato que de cada uno damos á continuación, producto del detenido estudio que de ellos hemos hecho y de los varios informes y noticias que hemos tomado de personas respetables del país.

El negro Congo, es de entre los de su raza, el ser mas inteligente y el que con mas facilidad se adapta á nuestro lenguaje, usos y costumbres; pero á la vez es perezoso para el trabajo material: voluble, adulator y embustero; presuntuoso y vano, amigo de componerse de bayles y diversiones y de agradar á las hijas de Eva. Generalmente se saca mas partido de ellos dedicándolos al servicio doméstico, que á los trabajos del campo.

El Macuá, es de muy limitada inteligencia; tardío en amoldarse á nuestros hábitos y á nuestro idioma; de carácter arrebatado é irascible, aunque muy fácil de calmar en sus accesos y sobre todo es buen trabajador.

El Lucumí, es ardiente y belicoso; duro para el trabajo; enérgico y altivo, aunque como todos, de escasa inteligencia; lujurioso en el mas alto grado y aficionado en extremo á las bebidas alcoholicas, en las que á veces gasta cuanto posee.

El Carabalí, es avaro; de carácter sombrío y poco comunicativo con los demas negros que no son de su nacion; arraigado hasta el fanatismo á sus creencias religiosas y dotado de animales instintos, mas que de inteligencia.

Y por último, el Arará, dotado de medianas luces, es de carácter bondadoso, sencillo y franco; sumiso y aplicado al trabajo, descuella pronto en el ramo á que se le dedica, por que procura adelantar para cuando sea libre: comprende la ventajosa diferencia que hay de esta vida civilizada á la vida semi-salvaje de su país y prefiere la primera. Amante de su familia, trabaja para ellos con ardoroso afán: cobra á su amo un estremado cariño y por nada del mundo le abandona ni descuida sus intereses que son para él sagrados. En fin, el negro Arará, es sin disputa el mejor de entre los que de su raza se conocen en esta Isla.

Las dotaciones de los cafetales, ingenios y demás fincas rurales; se componen de negros de nacion, ó sean los importados del Africa y de negros criollos, ó sean los nacidos aquí; sin que la ley establezca ninguna diferencia entre unos y otros, respecto á las condiciones de su esclavitud. Ambos se hallan protegidos igualmente bajo su salvadora égida; y los cuarenta y ocho artículos del *Reglamento de esclavos*, comprendido en el *Bando de Gobernacion y política* expedido en esta Isla por el Excmo. Sr. Don Gerónimo Valdés, Gobernador Superior Civil, y publicado en 14 de Noviembre de 1842, hoy vigente; dan una idea de la tierna solicitud con que el gobierno ha atendido siempre á esta raza, enseñándole á amarnos como bienhechores y amigos y no á odiarnos como despóticos señores.

Vamos á dar ahora una ligera idea de la interpretación y cumplimiento que dan, la generalidad de los

hacendados que poseen esclavos, al Reglamento antes citado; y se comprenderá el fundamento que tuvimos al emprender la publicacion de estas páginas.

Al llegar un negro bozal á una finca, se le hace entrega de un cerdo y del pedazo de tierra que él puede trabajar, al que se dá el nombre de *Conuco*.

A cada uno de los antiguos, instruidos ya, se les designan dos de los recién llegados ó *bozales*, para que cuiden de enseñarles los sanos principios de nuestra religion y prepararlos así para el día en que se hayan de bautizar. Estos, á la vez les enseñan nuestro idioma, nuestras costumbres, el medio de procurarse su redencion por medio del trabajo, las leyes que los protejen y sobre todo, la justicia con que el amo premia al que es bueno y castiga al que es malo: les presentan el ejemplo de otros compañeros, un tiempo *bozales* como ellos y gozando ya del bienestar y de la dicha que en su modesta esfera, pueden proporcionarles la posesion de un capital adquirido con el sudor de su frente; y esto al lado de una mujer querida y rodeado de sus hijos: que el amo cuida de la crianza de estos con esmero y atiende á todos en sus enfermedades con médico, botica, buenos caldos y cuanto sea necesario para su curacion.

Respecto al negro *criollo* ó nacido en la finca; desde que viene al mundo, ya tiene su principio de riqueza; pues el amo al presentarle la negra á su hijo, le entrega, para ella, una ó dos onzas y para el hijo, un cerdo y un pedazo de tierra contiguo al de la madre y que solo separa de ella cuando se casa, para unirlo á lo que posee la que vá á ser su mujer.

Terminado el tiempo de la lactancia, se reúne con los demás de su clase en una casa que se designa *casa de criollos*, á cargo siempre de una, dos ó tres negras que por su moralidad, instruccion, edad y buenas costumbres, merecen ocupar este puesto, y las cuales les enseñan los misterios y saludables preceptos de nuestra religion; las buenas costumbres; el amor al trabajo, fuente de toda riqueza; el respeto y sumision á sus amos y la conformidad y resignacion con la suerte que les cupo al nacer.

El batey ó centro en que se hallan reunidas todas las fábricas de un ingenio, por ejemplo, se compone en general, de la casa-vivienda, casa de administracion, casa-mayordomia, casa de mayoral, casa de criollos, casa-enfermeria, casa de molienda, casa de purga, casa de calderas, casa de bagazo y por último, del barracon, que es el que habita la dotacion de la finca.

Este último, está dividido en su interior, no solo para la debida separacion de los dos sexos, si que tambien para los matrimonios, que ocupan cada cual su habitacion separada.

El edificio está bien situado, y goza de buenas condiciones higiénicas; y durante la noche se halla constantemente alumbrado.

La dotacion se halla dividida en tres cuadrillas diferentes, á saber:

La *primera*, es la de los *matungos* ó ancianos, que solo se ocupan ya en faenas propias á su cansado vigor.

La *segunda*, es la de los *fuertes* ó jóvenes, que son los que ejecutan los trabajos mas duros de la finca.

Y la *tercera*, es la de los *criollos*, compuesta de jóvenes de 9 á 15 años y que se emplean en labores adecuadas á sus escasas fuerzas.

Las mujeres forman cada una, segun su edad, entre las tres cuadrillas que dejamos apuntadas, pero los mayores y contramayorales (estos últimos nombrados de entre ellos mismos), cuidan de que ellas no ejecuten nunca trabajos superiores á sus fuerzas relativamente y á su sexo.

Las horas y reglas del trabajo en *tiempo muerto*, ó sea desde Junio á Noviembre, son las siguientes:

Al toque del *Ave-Maria*, se levantan y forman para pasar lista y dividirse las cuadrillas, marchando cada una hácia el lugar del trabajo, que solo empiezan cuando ya es completamente de día. A las nueve lo suspenden durante media hora para almorzar y á las once se vienen al batey para formar de nuevo y recibir cada uno su racion diaria, que se compone: de 16 onzas de carne, buniatos, plátanos, yuca, malanga (especie de patata) ó harina de maiz (que llaman *funche* despues de cocinada), todo esto alternado y en porciones muy suficientes para el alimento de una persona.

Desde dicha hora, hasta las dos de la tarde, se ocupan en comer, cuidar sus cerdos ó gallinas y en reposar en el barracon, á esta hora vuelven á formar y á distribuirse como por la mañana, emprendiendo cada cuadrilla su interrumpido trabajo hasta el oscurecer, en que regresan por última vez al batey y despues de pasar lista, depositar en las caballerizas el haz de yerbas, que cada cual al volver del campo trae siempre para los animales, y de entregar en la mayordomia los machetes y demás útiles y herramientas de labranza, se recojen á comer y con libertad de andar por la finca hasta las nueve de la noche, en que se toca la campanada del silencio, y media hora despues todos se hallan recojidos en el barracon, donde despues de rezar se entregan al descanso.

En *tiempo de zafra* ó molienda, ó sea desde Diciembre hasta Mayo, escepto los que cortan la caña y los que la conducen á la casa de molienda, los demás se ocupan en la fabricacion del azúcar y sus horas de trabajo varian algo, pues las cuadrillas se subdividen entre sí y se relevan de día y de noche en razon á que las máquinas no cesan de funcionar durante una época dada. El pequeño aumento que tienen así en las horas del trabajo, lo soportan fácilmente, pues este es mas bien una ocupacion que un trabajo corporal, comparado con el de siembra, chapeo y demás labores del campo en el *tiempo muerto*.

Hay grandes barracones ambulantes, tirados por bueyes, que acompañan á las cuadrillas al campo y donde se guarecen estas cuando llueve, lo que con frecuencia sucede todos los días.

Los domingos descansan de las fatigas de la semana, pero entonces se ocupan ellos desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, en trabajar su *conuco*, lavar su ropa y cuidar á sus animales, lo cual hacen en provecho propio y por via de entretenimiento.

Casi todos los domingos, hay algun grupo de parientes ó amigos, que solicitan y obtienen permiso para pasar al pueblo inmediato á oír alguna misa mandada decir en sufragio del alma de sus difuntos.

Cada año, despues de concluida la *zafra*, el cura del pueblo á que pertenece la finca, pasa á ella á verificar los bautizos de los nacidos y de los bozales llegados desde el año anterior, así como los casamientos contratados para dicha época, todo lo cual se celebra con grandes fiestas y regocijos.

Cada una de las cuadrillas encargada de una faena, solicita del amo al concluir la, una gratificacion; pero no pidiéndola de viva voz, sino valiéndose de señales que signifiquen la expresion de sus deseos, siendo esta con mas frecuencia, análoga á la que emplean los albañiles cuando acaban de techar una casa. Coloca cada cual una bandera

en la casa-vivienda, diferentes entre sí, y el amo ata en una de sus puntas una cantidad cualquiera ó nada si es su voluntad ó no ha quedado satisfecho de la faena; y al día siguiente, vuelve cada cuadrilla á recoger su bandera, alegrándose naturalmente si una de sus puntas encierra algo, pero conformándose y reconociendo que no lo habrán merecido, si por el contrario, aquella flota con sus dos puntas sueltas.

Al deternos algun tanto en ciertos detalles, se comprenderá que lo hemos hecho, nó para los hijos de esta Isla, que todos se los saben de memoria; sino para que sus compatriotas de allende el Occéano, puedan formar un juicio aproximado de la vida y trabajos del esclavo, objeto de estas líneas.

Del mismo modo que al tratar de las clases proletarias, presentaremos tres cuadros de distintos episodios, acaecidos entre los esclavos y que, como los anteriores, vienen á probar la verdad de nuestros asertos y sirven de base al paralelo que pensamos establecer.

VIII.

Cambia la decoracion.—Nuevos cuadros,

CUADRO PRIMERO.

EL ESCLAVO DE UN INGENIO.

Nicolás llegó con otros muchos al ingenio T... del señor A... cuando apenas contaba doce años, procedente y natural de Arará, en donde habia sido cautivado y vendido despues á un buque negrero, que allá por los años de 184... hacia el comercio de *éban* en la costa de Africa.

Pasada la primera impresion que en él habia de hacer naturalmente, el método de vida regimentado y uniforme á que se le sujetaba, aquella naturaleza salvaje se fué amoldando poco á poco; fué despertando su dormida inteligencia de las densas tinieblas en que yacia, y á los veinte años de edad, ya se habia captado las simpatias de sus amos, administradores y mayorales, así como de sus compañeros de dotacion.

Su laboriosidad y aplicacion en el trabajo; su carácter bondadoso y sumiso, servian de poderoso estímulo á los demas negros; y su *conuco* era citado como modelo en toda la finca, por la gran extension de terreno que comprendia, y que labraba él solo en las horas libres y días festivos; así como por la abundante cosecha que recojia, merced al cuidadoso esmero con que lo cuidaba.

Cada año criaba uno ó dos cerdos y algunos hasta tres, y á la vez multitud de gallinas; de lo cual destinaba lo mejor para regalárselo á su amo, segun es costumbre y por lo cual recibia siempre doble importe de su valor, así como las cosechas que tambien aquel le compraba.

En *tiempo muerto*, trabajaba en el campo como uno de tantos, animando con sus jocosidades, sus gritos y sus estrambóticos gestos al resto de la cuadrilla de los *fuertes*, en que figuraba de los primeros, dando así á aquellos monótonos coros que incesantemente cantan los negros al compás del azadon ó guataca, cierta *sal* y *pimienta*, que enardecia á los mas débiles ó perezosos en el trabajo.

En la época de molienda ó *zafra*, se habia dado tal maña trabajando al lado del *pailero*, que con frecuencia suplía á este cuando por enfermedad ú otros accidentes no podia asistir, sin que en nada se echase de ver su falta; lo cual, ademas de las naturales consideraciones, le valia por parte de sus amos una buena gratificacion al concluirse aquella.

Todo esto, reunido á su vida arreglada y económica, aumentó de tal modo sus ahorros, que al cumplir veinte y cinco años, se encontraba en posesion de un capital de *tres mil pesos* y pensó en reunir este y su *conuco*, por medio del matrimonio, al de una negrita criolla llamada Felicia, que tenia el suyo contiguo y con quien estaba en amores hacia dos años. Es verdad, que el *conuco* de su futura era reducido y solo tenia *tres onzas* por todo capital; pero era bonita, tenia quince años y estaba enamorado de ella; y sobre todo, consideraba que no era preciso que la mujer aportara al matrimonio tanto como el marido. Así pues, maduró su proyecto de acuerdo con ella; pidieron el competente permiso á sus amos y aquel mismo año, cuando á la conclusion de la *zafra* llegó el cura de N... al ingenio para verificar los casamientos y los bautizos de los nacidos y los *bozales*, Nicolás y Felicia se unieron en indisoluble lazo, obteniendo de sus amos, con este motivo, un buen regalo.

Nicolás y Felicia tenian ya con qué comprar su libertad, pero ¿qué conseguían con rescatarla? ¿A dónde irian que tuvieran tan asegurada su subsistencia y la de sus hijos, si los tenian? Si Dios les enviaba una enfermedad, ¿quién les cuidaria con el esmero y atencion con que asisten á los enfermos en la casa-enfermeria, donde nada se escasea? Si les faltaba el trabajo, ¿de qué vivirian? Por otra parte: ¿cómo abandonar á sus amos que hacian con ellos las veces de padres y por los cuales sentian el mas tierno y respetuoso cariño?

Todas estas y otras reflexiones análogas se hacian los esposos, preñados los ojos de lágrimas, cada vez que sus amitos les indicaban que estaban en posicion de libertarse, protestando una y mil veces, que aun cuando les concedieran esta graciosamente no la admitirian, pues preferian vivir esclavos en el ingenio á encontrarse libres fuera de él.

Hoy tiene él treinta y nueve años y ella veinte y nueve. Han tenido varios hijos, de los cuales, uno trabaja al lado de su padre, dos en la cuadrilla de criollos y los restantes juegan todo el día en el patio de la *casa de criollos* con los demas pequeñuelos de su edad. Su *conuco* y su capital han aumentado considerablemente, pues tiene mas terreno y mas brazos que le ayuden á fomentarlo, y por último, Nicolás y Felicia no cambian su posicion y su dicha por la de ningun potentado de la tierra.

Cuando se le pregunta á él si volveria gustoso al Africa con su mujer y sus hijos, contesta sonriendo y enseñando su blanca dentadura, que el negro que ha vivido algun tiempo como *persona*, no puede volver á vivir como *fiera*.

Este no es un caso aislado: hay muchos otros en condiciones análogas á la del tipo que hemos presentado en Nicolás y Felicia. Hemos hablado con ellos, tomado nuestros informes y adquirido el conocimiento exacto de la verdad.

IX.

CUADRO SEGUNDO.

LA VIUDA DE UN ESCLAVO.

En el ingenio A... del Sr. S. A... vivia hacia ya muchos años, un matrimonio de esclavos pertenecientes á la dotacion de aquella finca.

Ambos eran procedentes del Africa desde la menor edad, naturales de Carabalí, desde donde ya se conocian y llegados á esta Isla en la misma expedicion. El cargamento de que se componia esta, se habia dividido en lotes, y la casualidad hizo que ambos fueran comprendidos en uno mismo, de suerte que fueron á poder del mismo amo y á habitar bajo el mismo techo en la finca que ya hemos mencionado. Tambien fueron bautizados en el mismo dia, recibiendo ella el nombre de Filomena y él el de Cayetano.

Este último, que en los primeros años de su estancia en el ingenio, habia probado varias veces á recobrar su perdida libertad, procuraba siempre arrastrar en sus locas tentativas á la negrita Filomena, hácia la que sentia una vehemente inclinacion; pero esta, aunque mas jóven que él, se resistia siempre á acompañarle y aun intentaba disuadirle de sus ideas, que le habian acarreado los castigos y trabas consiguientes á su temeridad y el inherente calificativo de *cimarron*. Apenas se escapaba, al momento era hecho prisionero, porque como no conocia el terreno, se extraviaba en el monte y por donde quiera que huia.

Supersticioso y fanático, mas de una vez hubiera atentado contra su existencia, á no detenerle la idea de que Filomena no querria tampoco acompañarle en esta expedicion y de que quedando sola podria casarse con otro.

La luz de la razon fué iluminándole poco á poco y el ejemplo de la vida apacible y resignada de sus demas compañeros de dotacion, empezó á despertar en su alma el deseo de gozar tambien de aquella felicidad de que él carecia tan solo por su culpa.

Dedicóse, pues, á trabajar su *conuco*, casi abandonado hasta entonces; dió á sus amos seguridades y garantias de mejorar su conducta y como sus obras correspondieron á sus promesas, aquellos suavizaron el rigorismo con que era tratado, hasta el punto de olvidarse por completo que Cayetano habia sido *cimarron*.

Esta nueva era de su vida de esclavo, empezó favorablemente para él: recojió muy buenas cosechas y crió muchos animales que le valieron algunos pesos y este resultado, despertando su ambicion, le hizo comprender que para llegar á hacer fortuna necesitaba hacer algo mas que trabajar la tierra de su *conuco* y criar sus animales: aguzó el ingenio; formó sus planes, que consultaba siempre con Filomena, muy dispuesta entonces á escucharle y por último, pidió á sus amos permiso para casarse con ella y obtenido, lo realizó, como de costumbre, á la conclusion de *zafra* de aquel año.

Una vez casado y reunido su *conuco* y sus ahorros á los de Filomena, empezó á comprar y vender cochinos, á relacionarse con compradores y vendedores y de aquí á tratar con ellos de las compras y ventas de otros, arreglando sus diferencias y transacciones: en una palabra, se hizo corredor de cerdos y llegó á cobrar tal fama en aquellos contornos, que ninguno hacia una operacion de compra ó venta, sin valerse de él como intermediario, por supuesto, mediante la retribucion de su correduria por una y otra parte.

Aprendió mal que bien á leer, escribir y contar, para lo cual robaba al sueño una hora cada noche y cuando se halló en posesion de estos conocimientos y con su capital medianamente aumentado, se dió á prestar dinero á interés, mediante pagarés á plazo mas ó menos largo y con la garantia de cosechas ó animales, llegando de este modo á hacerse el hombre indispensable entre los suyos que continuamente le buscaban ya como *corredor* ó ya como *prestamista*.

El éxito mas satisfactorio fué coronando los esfuerzos de esta especie de pequeño Rothschild africano; y no era ya por cierto Cayetano el *cimarron* huido constantemente y castigado con el cepo y el grillete; tan *bravo*, tan supersticioso, tan incorregible y siempre pugnando por recobrar una libertad que ahora despreciaba y que aunque podia recuperar ni siquiera soñaba en ella, ni la hubiera admitido aunque se la ofrecieran.

Tuvo en su matrimonio numerosos hijos, á quienes veia con placer crecer á su lado y por último, á los cincuenta y nueve años de edad murió de una congestion cerebral; querido de su familia, de sus amos, de sus compañeros y de cuantos en vida le trataron, y dejando en la finca un buen ejemplo de laboriosidad y de honradez.

Filomena lloró inconsolable la pérdida de su querido y dulce compañero; se hizo cargo de los papeles y metálico que dejó aquel al morir, y pasados los primeros dias de luto, solicitó permiso para bajar á la Habana y ver á su amo á quien, como heredero natural de su marido, queria entregar aquella herencia que á ella no le pertenecia.

El amo recibió de sus manos aquellos valores, para no barrenar el derecho ó costumbre que por tradicion se reconoce al amo para heredar á sus esclavos, pero despues de poner en claro aquellos documentos que eran pagarés, cuentas de corretajes, &a, saldar algunas y contar el dinero, en presencia de la viuda, le volvió á hacer entrega de todo, diciéndole que se lo regalaba para ella y sus hijos, como una prueba de afecto hácia su difunto marido.

El capital en metálico y papel, realizable á muy corto plazo, que Cayetano habia dejado al morir y que el Sr. S. A.... donó á su viuda, ascendia á la suma de *trece mil pesos!*

Creemos que esto no necesita comentarios.

X.

CUADERNO TERCERO.

EL ESCLAVO EN EL SERVICIO DOMÉSTICO.

En casa de un rico hacendado y propietario de esta capital, con cuya amistad nos honramos, tenian, entre otros un negro esclavo criollo, llamado Antonio y que desde su menor edad estaba dedicado al servicio doméstico.

Ya el padre del actual jefe de esta casa; persona notable por la nobleza de sus sentimientos y por hallarse dotado de un talento poco comun, de una vastísima erudicion y de un profundo conocimiento del corazon humano, habia distinguido á Antonio con su afecto y adivinado que bajo aquella negra corteza, se albergaba un alma susceptible de las mas bellas acciones y un corazon franco y leal.

Mantúvole á su lado por espacio de muchos años, dispensándole su confianza y colmándole de dones y de regalos; y cuando asuntos de grave interés para la patria, le llamaron á la corte, donde habia de hacerse un lugar preferente; quiso, como recuerdo de despedida, concederle su libertad; pero Antonio que amaba aquella casa con entrañable cariño, pidió á su amo, que le permitiera continuar siendo su esclavo; y si no ya á su inmediato servicio, puesto que se marchaba, al de uno de sus hijos, en los cuales estaba seguro de hallar el mismo afecto y consideracion.

Cuantas reflexiones le hizo su amo para convencerle á admitir la libertad, fueron inútiles, y conmovido este al ver aquella inmensa prueba de adhesion y de cariño, despues de hacerle un buen regalo, le dejó en casa de uno de sus hijos, recomendándose muy particularmente.

Pero los hijos poseian como el padre un bellissimo corazon y ademas, Antonio se recomendaba por sí solo; de suerte, que al poco tiempo ocupó en la casa de su nuevo amito, el mismo puesto de confianza que habia merecido en la del padre.

Antonio vestia decentemente y hasta con lujo; recibia sus regalos ó propinas y tenia su piquillo depositado en la *Caja de ahorros*, donde acumulaba cada año los intereses al capital, así como las nuevas imposiciones que hacia y algunos premios que habia sacado en la loteria de esta Isla; y esto lo hacia desahogadamente, puesto que para cubrir sus atenciones y necesidades, para nada le hacia falta su dinero.

En los viajes, diversiones ó cacerias, Antonio acompañaba siempre á su amo, gozando y disfrutando de todo; siempre atento y solícito al menor deseo de aquel, por quien á su vez era tratado con suavidad y con cariño.

Nada faltaba á su dicha: los dias trascurrian serenos y apacibles para él; sin esa afanosa ansiedad del que viviendo con el escaso producto de su trabajo ó industria; del que, en una palabra, está sujeto exclusivamente á sus propios recursos, se desvela y apura, pensando en el *mañana* siempre nebuloso y oscuro para el pobre y á veces hasta para el rico.

Pero el diablo tentador, que siempre vá buscando sus víctimas en aquellos mortales mas felices, se acordo sin duda del pobre Antonio; envidió su dicha y se propuso conquistarle, envolviéndose al efecto en las provocativas formas de una negrita libre llamada Serafina, de esbelto talle, turgente seno y chispeantes ojos.

Antonio resistió algun tiempo á las seducciones de aquella encantadora sirena de su color; pero menos fuerte que su santo en punto á tentacion es de aquel género, cedió al fin y se dejó prender incauto entre las dulces y á la vez punzadoras redes de amor.

Desde aquel momento, fatal para él, como lo fué para el primer hombre; el aspecto de su vida cambió completamente. No habia amado nunca y por lo mismo, la primera chispa de amor que penetró en su pecho, desencadenó en él una pasion vehemente, volcánica; que mató, de una vez para siempre, la dulce tranquilidad de que gozaba en el eden de aquella casa.

Ya no era Antonio aquel servidor diligente, que adivinaba en la mirada de su amo su menor capricho ó sus órdenes para cumplirlas en el acto. Distruido siempre, inquieto, desasosegado, todo lo equivocaba y hacia de través; aprovechandose de cualquier recado á la calle, para ir á ver á su amada, sin recordar que á veces le esperaban con urgencia.

Su amo se vió ya en la necesidad de reñirle, aunque con su mesura y suavidad acostumbradas y comprendió que á Antonio le pasaba algo extraordinario.

Llamóle un dia á capítulo y procuró averiguar la causa que ocasionaba en él aquella repentina trasformacion, y aunque Antonio balbuceando, trató de evadir una confesion que le avergonzaba; como jamás habia mentido ni ocultado nada á sus amos; concluyó por confesarle que estaba enamorado perdidamente de una negrita libre llamada Serafina, hija de una lavandera que vivía por la calle de San Rafael; que queria casarse con ella; pero que para eso necesitaba la libertad que antes habia rehusado de su amo, abandonar una casa que siempre habia considerado como suya; unos amos á quienes tanto queria, que tanto le estimaban y al lado de los cuales habia pensado morir cuando Dios lo llamara á sí. Que aquella lucha continúa entre su corazon y su cabeza que le inclinaban, el uno á volar á la calle de San Rafael y la otra á rechazar aquel amor y á seguir viviendo como hasta entonces; le producía un continuo malestar que degeneraba en insomnios, angustias y delirios que quebrantaban sus fuerzas y su espíritu.

El amo se enterneció al oír la narracion de sus tormentos, pero conociendo bien el corazon humano y la hirviente lava que circula por las venas de la raza africana, comprendió que para el pobre Antonio no habia otro camino que casarse con aquella negrita, que habia despertado en su alma el germen de sus dormidas pasiones, y al efecto escribió lo que pasaba á su padre, que era el verdadero amo de Antonio, para que él determinara.

A los dos meses recibió de su padre el permiso para que Antonio se casara, si aun insistia en su empeño y la autorizacion en debida forma, para que como presente de bodas por su parte, le hiciera graciosa donacion de su libertad.

Arrastrado por su fatal destino, casóse por fin Antonio; despidióse de su amito haciéndole mil protestas de su adhesion y entrañable afecto y fuese á gozar con su Serafina los deleites de la luna de miel.

Durante dos años, todo fué á las mil maravillas; es decir, mientras duró el dinero que Antonio tenia en la *Caja de ahorros* producto de las economias de toda su vida; pero cuando este hubo dado fin, el diablillo que se habia ocultado en el cuerpo de Serafina,—permítasenos esta figura,—empezó á enseñar las uñas y la felicidad desapareció de aquella casa.

En fin, para concluir: Serafina, aficionada en extremo á gastar y triunfar; cuando vió que Antonio ya no tenia una onza de que disponer..... buscó un amante que la tuviera, empezando desde entonces las sospechas, los disgustos, los celos, las riñas y por último, sorprendida aquella *in fraganti* por su marido, en una cita amorosa, en que *ninguna duda* le quedó de la perfidia y de la infidelidad de su mujer; arrebatado por los celos, la ira y el despecho, precipitóse furioso sobre los culpables y los cosió á puñaladas.

La ley le absolvió, porque pudo probar de un modo claro y patente, el crimen de adulterio que le habia arrastrado á cometer aquel doble asesinato.

Inmediatamente que se vió libre de la justicia, fué á presentarse á su antiguo amo, curado completamente, aunque de una manera terrible, de su fatal amor, y rompiendo á su vista el documento de libertad que le habia otorgado dos años antes; le suplicó que lo admitiera de nuevo como esclavo y que dispusiera de él á su antojo; pero rogándole le enviara á alguna de sus fincas en el campo, donde dedicado á los rudos trabajos de la tierra y lejos del teatro de su sangriento drama, pudiera olvidar mas pronto aquel triste episodio de su vida.

El amo accedió á sus deseos y hoy se encuentra en uno de sus ingenios, lejos de toda poblacion, sino contento y feliz, por lo menos tranquilo y llevando una vida metódica y ejemplar.

Allí lo hemos conocido y por él mismo, á la vez que por su amo, hemos sabido los tristes detalles de este suceso, que ha dejado en el pobre Antonio una profunda huella de melancolía y abatimiento y le ha robado veinte años de su existencia, por dos de escasa y mentida felicidad.

XI.

NUEVAS REFLEXIONES.

Ya habrán podido observar nuestros lectores, por los tres diferentes cuadros que anteceden, que la vida del esclavo en esta Isla, lejos de ser lo que muchos escritores, fanáticos y apasionados, describen con los mas negros colores, alterando así la verdad y sorprendiendo á los que lejos de nuestra Antilla, no pueden convencerse por sus ojos de la realidad, es por el contrario una vida muy llevadera y preferible en muchas ocasiones á la que arrastra una clase numerosísima entre los hombres libres.

Casos análogos ó parecidos á los que hemos presentado en Nicolás y Felicia, Cayetano y Filomena, y por último en el desgraciado Antonio, encuentra á cada paso el hombre observador y amante de estudiar en las costumbres de los pueblos, los misteriosos arcanos de la vida social.

Muchas ideas nos sugiere el estudio de estos cuadros y muchos puntos de comparacion estableceríamos, si nó temieramos salirnos de los límites trazados al escritor.

A esos escritores apasionados que hablan de la esclavitud en esta Antilla, muchos de ellos sin conocerla ni menos al esclavo; que se dicen con mucho énfasis, dispuesto á sacrificar su vida, por conquistar la independenciam de sus hermanos que califican de desgraciados *párias* de la humanidad—por su puesto, que estas declamaciones son de boca, por que si se llegara á la realidad de los hechos, ya vendria, como suele decirse, *el tío Paco con la rebaja*,—á esos escritores repetimos, que se cifran para sus mas famosos argumentos, en recordar el *pasado* de América y colocarlo en el *presente*, conmoviendo á sus lectores y arrancando de sus pechos un grito de indignacion contra esa esclavitud, padron de ignominia de nuestro siglo de *civilizacion de libertad*, y de *luzes*; vendria preguntarles: ¿habeis estudiado las condiciones *actuales* de la esclavitud? Si muchos de vosotros no las conoceis, si nó podeis señalar los lunares y defectos de que adolece; ¿como os atreveis á tomar plaza en el palenque de la discusion que sobre ella se suscite? ¿Basais los fundamentos de vuestros discursos, como decíamos antes, en rancios hechos de la historia, ó forjais á *priori* estos hechos?... Ya comprendereis que cuando son falsos los cimientos, el edificio no puede sostenerse.

Pero si quereis hacer desgraciados á los *pobres negros*—son vuestras palabras—, *que hoy gim en bajo el férreo y opresor yugo de la esclavitud*, dadles de pronto la libertad. Con ello lograreis hacer de hombres laboriosos, honrados trabajadores, y útiles á su nueva pátria; cien veces mas felices en su esclavitud, que lo eran en el Africa en pleno goce de su libertad; unos seres desgraciados, miserables y corrompidos, cuya mayor parte acabarán sus dias en los hospitales, las cárceles ó los presidios.

Ya lo dijimos en nuestra *advertencia*; somos ecléticos; en esta como en toda cuestion de reformas en nuestro pais, queremos y pedimos no retrogradar ni estacionarnos; si nó marchar, pero suavemente por las vias del progreso; ascender por grados en el camino de las reformas útiles y convenientes: esto es lo lógico y lo racional; la misma naturaleza nos lo enseña así constantemente: todas las transiciones fuertes, violentas, perjudican mas que favorecen. Si quereis matar á un hombre que haya estado ocho dias á dieta á causa de una enfermedad, dadle de pronto una opípara comida. ¿Podeis obligar á un árbol á que dé su fruto antes de tiempo sin perjudicar las condiciones de su vida orgánica?

Desengañaos, hombres de brillantes teorías; la galanura de vuestras frases, la belleza de vuestras fantásticas creaciones, se estrellarán siempre en el terreno de la práctica y de los hechos. Las lecciones de la experiencia, aprendidas en las inmutables leyes de la naturaleza, nos enseñan el camino y la marcha reposada y tranquila que hemos de llevar.

No precipitemos los acontecimientos con inmoderada imprevision; *cada cosa vendrá á su tiempo*.

XII.

PARALELO.—CONCLUSION.

Llegados al término de nuestra obrita, vamos á establecer un breve paralelo entre el *Proletario* y el *Esclavo*, cumpliendo el propósito que nos impusimos al empezarla.

Los *cuadros* que de la una y la otra parte del Océano hemos presentado, para dar á conocer la *verdadera* situacion de cada una de las dos clases que nos ocupan, copiados *d' après nature* y tomados al acaso de entre los infinitos que conocemos, se adelantan ya por sí solos á economizarnos aquel trabajo comparativo, resultando entre ellos las enormes diferencias que hemos visto.

El jornalero, el trabajador en España, merced á un trabajo tan duro como el esclavo en América, relativamente á su organizacion y al clima en que lo ejecuta, se alimenta y alimenta mal á su familia y apenas si puede atender á sus vestidos y á sus enfermedades, interin cuenta con aquel; pero desde el momento en que le falta, (lo cual es harto frecuente), le vemos sumido con su familia en la indijencia, en la desesperacion y en la muerte. ¡Los ahorros, las

economías, un porvenir de fortuna y bienestar!..... Son estos, quiméricos ensueños, que ni aun por casualidad, cruzan jamás por su mente.

El esclavo en América, con iguales condiciones que el proletario en España, si es laborioso, honrado y económico, llega á su vejez poseedor de una mediana fortuna, en aptitud de gozarla tranquilamente y de recobrar ó nó su libertad; con su familia educada y al abrigo de toda clase de contratiempos y enfermedades y todo esto, sin sacrificio alguno por su parte, sin haber experimentado un solo día, ni él ni su familia, las amarguras y tormentos del hambre; y sobre todo, que si no ha hecho fortuna, cuando está agobiado por los años, ocupa en las fincas una plaza de *guardiero* donde jamás le falta el alimento necesario, ó la casa enfermería si sus achaques le impiden estar de pié.

Basta de consideraciones por nuestra parte: queremos que los hechos con su formidable elocuencia, hablen por nosotros y lleven á los ánimos el convencimiento, por medio de la esplendente luz de la verdad.

Carecemos de amor propio y no desconocemos los infinitos lunares que la crítica literaria hallará en las modestas páginas de este *opúsculo*; poco nos importará, pues no hemos pretendido conquistar con él una reputacion. Nuestra conciencia esta satisfecha, por que crée haber hecho un bien á su pais y haber proporcionado á esas antorchas del saber humano, que rigen los destinos y guian la opinion de nuestra patria, un dato mas para su obra de regeneracion y perfeccionamiento.

Dios, que penetra los mas misteriosos arcanos de nuestras intenciones, conoce bien la pureza de las que nos han inspirado la ejecucion de esta obrita, que aunque sencilla, es superior á nuestras fuerzas.

Satisfecha quedará nuestra alma, si con ella consiguiéramos la mas pequeña parte del objeto que nos propusimos al escribirla.

Y por último: *Quien hace lo que puede, hace lo que debe.*

FIN

ÍNDICE

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

CUATRO PALABRAS QUE PUEDEN MUY BIEN SERVIR DE PROLOGO

I.—BREVE OJEADA RETROSPECTIVA.

II.—EL PROLETARIO.

III.—CUADROS TOMADOS AL ACASO.

IV.—CUADRO SEGUNDO. EL OBRERO EN BARCELONA.

V.—CUADRO TERCERO. EL JORNALERO DEL CAMPO EN MÁLAGA.

VI.—REFLEXIONES.

VII.—EL ESCLAVO.

VIII.—CAMBIA LA DECORACION.—NUEVOS CUADROS,

CUADRO PRIMERO. EL ESCLAVO DE UN INGENIO.

IX.—CUADRO SEGUNDO. LA VIUDA DE UN ESCLAVO.

X.—CUADERNO TERCERO. EL ESCLAVO EN EL SERVICIO DOMÉSTICO.

XI.—NUEVAS REFLEXIONES.

XII.—PARALELO.—CONCLUSION.

*** END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK EL PROLETARIO EN ESPAÑA Y EL NEGRO EN CUBA ***

Updated editions will replace the previous one—the old editions will be renamed.

Creating the works from print editions not protected by U.S. copyright law means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg™ electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG™ concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for an eBook, except by following the terms of the trademark license, including paying royalties for use of the Project Gutenberg trademark. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the trademark license is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. Project Gutenberg eBooks may be modified and printed and given away—you may do practically ANYTHING in the United States with eBooks not protected by U.S. copyright law. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

START: FULL LICENSE
THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg™ mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or

distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase “Project Gutenberg”), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg™ License available with this file or online at www.gutenberg.org/license.

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg™ electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg™ electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg™ electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg™ electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. “Project Gutenberg” is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg™ electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg™ electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg™ electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation (“the Foundation” or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg™ electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is unprotected by copyright law in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg™ mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg™ works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg™ name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg™ License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg™ work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country other than the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg™ License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg™ work (any work on which the phrase “Project Gutenberg” appears, or with which the phrase “Project Gutenberg” is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere in the United States and most other parts of the world at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org. If you are not located in the United States, you will have to check the laws of the country where you are located before using this eBook.

1.E.2. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is derived from texts not protected by U.S. copyright law (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase “Project Gutenberg” associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg™ trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg™ electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg™ License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg™ License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg™.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg™ License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg™ work in a format other than “Plain Vanilla ASCII” or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg™ website (www.gutenberg.org), you must, at no

additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg™ License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg™ works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg™ electronic works provided that:

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg™ works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg™ trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg™ License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg™ works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg™ works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg™ electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the manager of the Project Gutenberg™ trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread works not protected by U.S. copyright law in creating the Project Gutenberg™ collection. Despite these efforts, Project Gutenberg™ electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg™ trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg™ electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH 1.F.3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS', WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg™ electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg™ electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg™ work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg™

work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg™

Project Gutenberg™ is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need are critical to reaching Project Gutenberg™'s goals and ensuring that the Project Gutenberg™ collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg™ and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation information page at www.gutenberg.org.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non-profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at www.gutenberg.org/contact

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg™ depends upon and cannot survive without widespread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine-readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit www.gutenberg.org/donate.

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: www.gutenberg.org/donate

Section 5. General Information About Project Gutenberg™ electronic works

Professor Michael S. Hart was the originator of the Project Gutenberg™ concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For forty years, he produced and distributed Project Gutenberg™ eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg™ eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as not protected by copyright in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our website which has the main PG search facility: www.gutenberg.org.

This website includes information about Project Gutenberg™, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.